Emilio Mario (hijo) — Domingo de Santoval

Los Gansos del Capitolio

COMEDIA EN TRES ACTOS Y EN PROSA

MADRID
MAYOR, NÚM. 16, ENTRESUELO

1897

LOS GANSOS DEL CAPITOLIO

ANTONIO LOPEZ-EDITOR
RAMBLA
DEL CENTRO
20
BARCELONA

Esta obra es propiedad de sus autores, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones de Ultramar, ni en los países con quienes haya celebrados, ó se celebren en adelante, tratados internacionales de propiedad literaria.

Los autores se reservan el derecho de traducción.

Los comisionados de la Administración Lírico-dramática de HIJOS de E. HIDALGO, son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

EMILIO MARIO (hijo) — DOMINGO DE SANTOVAL

LOS GANSOS DEL CAPITOLIO

COMEDIA EN TRES ACTOS Y EN PROSA

TEATRO DE LA COMEDIA — 24 Diciembre 1896

MADRID

R. Velasco, imp., Marqués de Santa Ana, 20

Teléfono número 551

1897

A D. Emilio Mario

Mi querido padre: Yo te quisiera expresar toda la admiración... toda la gratitud que... pero ya las masas te han dicho bastante (acto 3.º, escena VI).

Tu hijo

Emilio

Sustituya usted hijo por amigo y quede usted con Dios.

Domingo de Santoval

24 Diciembre 1896

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
DON FRUTOS DE LA ENCINA.....	Don Emilio Mario.
DOÑA MANUELA, su esposa.....	Doña Josefina Alvarez.
NIEVES... } hijas de ambos.....	Nieves Suárez.
PAULINA. } hijas de ambos.....	Concepción Aranaz.
JORGE, esposo de Nieves.....	Don Agapito Cuevas.
DON CAMILO SÁNCHEZ, padre de..	Ricardo Manso.
LUIS.....	José Ponzano.
CÉSAR MEDIANO, primer actor, director y empresario.....	Juan Balaguer.
RAMONA, criada de Don Frutos....	Doña Carolina Fernández.
JOAQUIN, bedel de la Universidad..	Don Enrique Martinez.
UN LORO que habla.	

Derecha é izquierda, las del actor

La colocación de los personajes á partir de la derecha del actor

Epoca actual

La escena en una capital de provincia con universidad

Baldrich
1.er Apunte

ACTO PRIMERO

Despacho de don Frutos. Dos puertas en la lateral derecha y otras dos en la izquierda. En el centro del foro balcón con cortinillas: á izquierda y derecha estantes con libros: entre el estante de la derecha y el balcón jaula grande con un loro, colocada sobre un pequeño velador: entre el otro estante y el balcón estufa chouberski, que figurará encendida (donde se disponga de luz eléctrica puede figurarse la lumbre con una ó dos lámparas rojas): sobre la estufa calendario de pared, que marque la fecha de 1.º de Diciembre. Mesa-ministro en primer término izquierda, con timbre, legajos, papeles, papel de cartas, sobres, tintero de boca ancha, plumas y limpia plumas: cesto: sillón, dando espalda á la lateral izquierda. Otra mesa cuadr. da con muchos legajos, y algunos periódicos entre los dos términos de la derecha: sillón, también dando espalda á la lateral derecha: delante de esta mesa una piel de tigre extendida sobre la alfombra. Varias sillas en torno de ambas mesas, y junto á las paredes: una de estas sillas, próxima á la mesa cuadrada, será de rejilla y con el asiento bordado, en términos que se distinga de las demás. Portiers ó colgaduras en las puertas y en el balcón. Es de día.

ESCENA PRIMERA

RAMONA y JOAQUÍN. Al levantarse el telón entran ambos por segunda derecha. Joaquín, con gorra de bedel, trae varios libros y cuadernos, que deja sobre la mesa de despacho

Ramona
Joaquín
D 2

RAM. ¿Qué trae usted?

JOAQ. Lo de siempre. Libracos y papelotes.

RAM. ¿Y dice usted que están muy alborotados?

JOAQ. ¡Como demonios! A mí me han obsequiado con una silba horrorosa ahora mismo.

RAM. ¿Pero también se meten con los bedeles?

JOAQ. ¡Con todo el género humano! Si no dan el punto de Navidad antes de veinticuatro horas, tenemos una cuestión de orden público.

RAM. ¿Y por qué no le dan?

JOAQ. Porque algunos catedráticos, y entre ellos tu señor, se empeñan en cumplir la ley. ¡Barbaridades! Cuando las masas se ponen así, no hay más remedio que hacer lo que quieren las masas y, si no, las masas atropellan por todo. Así opino yo, y conmigo la mayoría del claustro.

RAM. (Prestando oído.) Ahí creo que viene el señor.

JOAQ. El debe ser, porque me dijo que venía en seguida.

RAM. (Marchándose por segunda derecha.) Voy á ver.

ESCENA II

JOAQUIN, luego DON FRUTOS y RAMONA por la segunda derecha

JOAQ. Se figuran que porque uno es bedel y ellos catedráticos... (El loro da un grito inarticulado. Joaquín se aproxima.) Y tú, ¿qué dices?

Loro

LORO (Muy fuerte.) ¡Morral! ¡Morral!

JOAQ. (Volviéndose disgustado.) ¡Gracias, hombre! ¡Estás muy bien educado! (Entran por la segunda derecha don Frutos y Ramona. Joaquín se descubre respetuosamente y saluda.)

Frutos D 2

FRUT. (Con marcado disgusto.) ¡Como no se ponga un freno á la juventud del día, yo no sé dónde vamos á ir á parar!

JOAQ. ¿Sigue aquello, señor?

FRUT. ¡Corregido y aumentado; digo, no, aumentado y sin corregir!

RAM. Pero, señor, ¡que todos los años hemos de tener la misma!

FRUT. ¿Qué la misma? Si dijeses que cada año crece su insolencia... El ejemplo de la Universidad de Madrid cunde y se propaga.

¿Cuándo se ha visto pedir el punto en 1.° de Diciembre?

JOAQ. (Aparte.) El año pasado.

FRUT. ¿Cuándo, que entre el profesor en el aula, como me acaba de suceder á mí, y tenga que callarse, ó explicar la lección á los bancos y á las paredes?

JOAQ. (Aparte.) Cuatro días por semana.

FRUT. (Cada vez más indignado.) ¡Y presentárseme una comisión de esos holgazanes á formular descaradamente su descabellada exigencia! (Ligera pausa.) Por supuesto, que ya se lo dije bien clarito, enarbolando el lápiz: ¡Esta punta les hará á ustedes pagar caro este punto! ¡Ya, ya llegará Junio y tendremos puntos... suspensivos... y punto final!

RAM. Eso dice usted siempre, y luego llegan los exámenes y á todos los saca usted bien.

FRUT. ¿Qué entiendes tú de eso? (A Joaquín.) ¿Trajo usted los libros y los apuntes?

JOAQ. Sí, señor; ahí los he dejado sobre la mesa. ¿Manda usía algo?

FRUT. Nada, gracias.

RAM. (A Don Frutos.) ¿Y el paraguas?

FRUT. ¿Qué paraguas?

RAM. El que se ha llevado usted esta mañana.

FRUT. ¿Qué sé yo? Con la trifulca, me le habré dejado en la Rectoral.

RAM. Anda... ¡y era el nuevo!... Señor Joaquín, mire usted ahora si está allí... Un paraguas que tiene el puño roto y le falta la contera y se le sale algo una varilla...

JOAQ. Sí, el nuevo; ya te he entendido... A la orden de usía.

FRUT. Adiós, Joaquín. (Vase Joaquín por segunda derecha.)

ESCENA III

DON FRUTOS y RAMONA

FRUT. (Empieza á examinar y á arreglar los apuntes que ha traído Joaquín.) ¡Lástima de tiempo el que pierde uno!...

RAM. Vamos, que ya tiene usted un mesecito de descanso...

FRUT. Un mes y pico. Siempre vuelven detrás de los Reyes Magos.

RAM. Como los camellos de los nacimientos.

FRUT. Lo que es algunos, ya merecían ese lugar. ¿Ha venido alguien?

RAM. Sí, señor; un caballero desconocido.

FRUT. ¿Qué traía?

RAM. Un gabán muy largo. (Don Frutos se vuelve de espaldas al público, mostrando en la espalda del gabán un letrero grande, con yeso, que dirá: ¡Punto!)

FRUT. No digo eso; que á qué venía.

RAM. ¿Qué sé yo? Ha quedado en volver luego

FRUT. Bien; ayúdame á quitarme el gabán.

RAM. (Se acerca por detrás, ve el letrero y exclama muy sorprendida.) ¡Uy! ¡Punto!

FRUT. ¿También tú?

RAM. (Enseñándole el gabán.) Si es que lo trae usted escrito en el gabán. Mire usted.

FRUT. ¡Misericordia divina! ¡Y he venido por la calle!...

RAM. Hecho un cartel. (Sacude el letrero.)

FRUT. ¡Malditos muchachos! ¡Por eso en el camino me parecía oir detrás de mí: ¡punto! ¡punto! y yo lo atribuía á que aún me zumbaba en los oídos aquella algazara!

RAM. ¡Qué falta de respeto!

FRUT. Sí; anda, llévatele, cepilla bien la falta de respeto y tráeme la gorra. (Vase Ramona por segunda izquierda, llevándose el gabán y el sombrero.)

ESCENA IV

DON FRUTOS, luego RAMONA

FRUT. (Sentándose á la mesa de despacho y arreglando y clasificando papeles de distintos legajos.) Sigamos el arreglo de papeles, porque esto ya no es mesa; es un tenderete del Rastro. (Cogiendo un legajo pequeño y leyendo en la cubierta.) «Disertación sobre el incendio de Roma por Ne-

rón: sus efectos.» (Declamado.) ¡Un calor horrible! (Leyendo.) «Servicio de incendios en aquella época: bombas y bomberos romanos.» (Declamado.) ¡Y no le reprobé al autor de este galimatías! ¡Bah! ¡Al cesto! (Tira el cuaderno al cesto, á la vez que entra Ramona con una gorra que don Frutos coge y se pone.)

Ramona I 2

RAM. ¿Quiere usted algo más?

FRUT. No; es decir, sí. (Señalando á la otra mesa.) Alcánzame aquel legajo. (Ramona se aproxima á la mesa y coge un legajo.) El de más allá. (Ramona coge otro legajo.) ¿Qué dice?

RAM. (Leyendo con dificultad.) «Guerra de los mariscos de Granada.»

FRUT. ¡Adiós! Ya me has convertido á Granada en puerto de mar. ¡De los moriscos, mujer! Pero tampoco es ese... El otro.

RAM. (Cogiendo otro y leyendo.) «Expulsión de las judías por Felipe, Felipe...

FRUT. (Levantándose indignado.) ¡Qué judías ni qué berengenas! ¡Vete, vete; que no sirves para nada!

RAM. Ya sabe usted que no leo bien de corrido.

FRUT. Lo que es bien, de ninguna manera. (Ramona se va gruñendo por segunda derecha. Don Frutos coge un legajo en la mesa cuadrada, le lleva á la de despacho, le desata y examina su contenido. Leyendo.) «Apuntes varios.» «Cartas sin interés.» «Diversos préstamos.» (Declamado.) También sin interés... y sin capital, porque no han de pagarme. (De pronto, variando de expresión y con cierta alegría.) ¿Qué miro? (Leyendo.) «Los gansos del Capitolio. Tragedia en tres actos y en variedad de metros.» (Declamado.) ¡Tristes recuerdos del placer perdido! ¡Si volvieran aquellos tiempos, y lo pasado, pasado! (Quitándose la gorra.) ¡Yo te saludo, hija querida de mis entusiasmos juveniles! ¡Cuántas vigilias empleadas en tí, y cuántas ilusiones muertas traes á la memoria!

Jorge D 2

ESCENA V

DON FRUTOS. JORGE por la segunda derecha.

JORGE (Entrando muy alegre y descubriéndose.) Querido papá suegro. (Se queda parado y sorprendido al observar la actitud de don Frutos.) ¡Calla! ¿está usted rezando?

FRUT. (Sonriendo afectuosamente y cubriéndose.) No, hombre; pasa, pasa. (Jorge avanza hacia don Frutos.) ¿Y Nieves?

JORGE Bien. No tardará en venir.

FRUT. ¿Has terminado la visita?

JORGE Ahora mismo. Y de mamá y Paulina, ¿ha habido noticias? (Jorge deja el sombrero y se sienta en frente de don Frutos.)

FRUT. No, y me choca; porque estoy esperando de un momento á otro aviso de su llegada.

JORGE Ya lo deseará usted ¿eh?

FRUT. ¡Y tanto como lo deseo! ¡El dichoso viaje me va á salir por una friolera! ¡Tres veces me ha pedido dinero!

JORGE ¿Tres?

FRUT. En tres cartas, las únicas que he recibido, concebidas en los siguientes términos: «Sin novedad: necesito fondos; gira. Manuela.»

JORGE Un telegrama. Y usted ¿qué ha hecho?

FRUT. ¡Toma! girar... Sólo que ya me voy mareando.

JORGE ¡Ja, Ja! (Transición.) Bien; pero, á todo esto, no me ha dicho usted qué significaba la original postura en que le he sorprendido al llegar.

FRUT. ¡Ah! Esos son otros López. (Sonriendo y enseñándole la cubierta del primer acto.) ¡Mira y admira!

JORGE (Leyendo sin coger el cuaderno.) ¡Canario! ¿Quién es el autor?

FRUT. (Con cierta vanidad.) Tu suegro.

JORGE (Admirado.) ¿Usted?

FRUT. Creo que no tienes otro.

JORGE ¡Me deja usted como quien ve visiones!

FRUT. (Soltando el cuaderno.) Muchas gracias.

JORGE Ha sido una exclamación de sorpresa.

FRUT. Sí, querido yerno. Hubo una época en que soñé con la gloria por tales derroteros. En vez de los áridos campos de la ciencia, me atraían y fascinaban los amenos de la poesía, y muy especialmente de la dramática; pero, ¡ay! de una parte mi timidez y de otra los exagerados escrúpulos religiosos de tu mamá política, pusieron un dique á mi fantasía y, en lugar del autor laureado y aplaudido que mis ilusiones entrevieron, quedó el modesto profesor de historia... que no pasará á la historia.

JORGE ¿Hace mucho que la escribió usted?

FRUT. Ya ha llovido desde entonces. Es un episodio conmovedor, ideado por mí, de la guerra con los Galos, cuando la conocida anécdota del aviso que dieron los gansos del Capitolio, salvando la República...

JORGE ¿Y no la conoce nadie?

FRUT. Muy contadas personas... algunos íntimos.

JORGE Dicho se está, por tanto, que nunca ha tratado usted de representarla.

FRUT. ¡Cá! En una sola ocasión, teniendo que ir á Madrid, pensé llevarla y probar fortuna; pero incurrí en la debilidad de hacer una vaga indicación á tu suegra y se armó la de Dios es Cristo.

JORGE (Riendo.) Como si yo se lo hubiera dicho á Nieves.

FRUT. Sí, también habría que oírla.

JORGE ¡Vaya, vaya! ¿Por dónde había yo de sospechar que estaba casado con la hija de un ilustre vate?

FRUT. (Sonriendo.) ¡Vete á paseo!

JORGE ¿Conque los exagerados escrúpulos religiosos de mamá segaron en flor?... Ya conozco el paño, ya... Verá usted. (En tono exageradamente declamatorio.) ¡El teatro! ¡escuela de malas costumbres!... ¡antro de perdición! ¡cebo inventado por Satanás para reclutar almas! ¡abominación!... ¡impureza! (Jorge se ha ido animando, con cómica exaltación, hasta concluir de pié.

las últimas palabras. Don Frutos, escuchándole, se ha ido incorporando también en su sillón, haciendo signos de asentimiento, y riendo.)

FRUT. (Con profunda convicción.) ¡Mi mujer!

JORGE ¡La mía!

FRUT. (Alargándole la mano.) ¡Choca!

JORGE (Idem.) ¡Choque usted! (Se dan la mano y se sientan.)

FRUT. Lo que oyen en el púlpito.

JORGE Sí, pero ciertas cosas en una joven...

FRUT. Realmente es sensible que nuestra querida Nieves, tan buena, tan sensata, tan cariñosa, haya heredado de su madre esa rigidez de principios, esa intolerancia tan impropia de su edad.

JORGE No es así el diablillo de Paulina.

FRUT. ¡Ya lo creo! Si pudiera yo dar á Nieves un poco de la travesura de Paulina, y á Paulina un poco de la mística gravedad de Nieves...

JORGE Así y todo, me quedo con la mía.

FRUT. Y yo con las otras. (Transición y cogiendo los cuadernos, que coloca en un legajo.) En fin, vaya esto al panteón del olvido, quitémoslo del peligro de caer entre las garras de doña Manuela y pon debajo que no te he dicho nada.

JORGE Olvidado *per omnia sæcula sæculorum.*

Nieves
D 2

ESCENA VI

DICHOS y NIEVES por la segunda derecha. Luego RAMONA por id.

NIEV. (Con velo, de oscuro, y en la mano rosario y devocionario. Se detiene con grave sonrisa en el dintel de la puerta, al oir las últimas palabras.) Amen. Así me gusta. (Se levantan ambos.)

FRUT. (Saliendo al encuentro de Nieves.) ¡Hola, hija mía!

NIEV. ¡Hola, papá! (Se abrazan.) (Sonriendo á Jorge.) Caballero...

JORGE (Idem.) Señora... ¿Se acabó el sermón?

NIEV. Sí.

JORGE ¿Qué tal ha estado el padre Romo?

NIEV. (Seria.) Como siempre.

JORGE Pesadísimo entonces. ¿Traerás una indigestión de latín, que luego me comunicarás?

NIEV. ¡Burlón! (A don Frutos.) ¿Y de las viajeras?

FRUT. Ya he dicho á Jorge que no sé nada.

JORGE Señal de que las va bien, cuando no dan cuenta de sus personas.

FRUT. Ni dan cuenta, ni las llevan, que es peor.

JORGE (A Nieves, sonriendo.) ¡Cómo va á sentir tu madre no encontrarse aquí ahora, con las funciones que se nos preparan!

NIEV. ¡Ya lo creo! La de la Concepción va á ser un acontecimiento.

JORGE ¡Sí, sí, la Concepción! El acontecimiento, y á eso me refería, es la compañía dramática que empezará mañana.

NIEV. (Con desdén.) ¡Ah! ¿Tenemos teatro?

FRUT. (Vivamente.) ¡Hombre, hombre, cuenta!

JORGE No sé más que lo que dice el Diario: que ha llegado una notable compañía, que empieza mañana con *Lo que no puede decirse.*

NIEV. ¡Así será ello!

FRUT. Pues es una gran obra.

NIEV. ¡Qué bonito; distraer ahora á los fieles de las rogativas!

JORGE Luego lo componéis con otra función de desagravios, y en paz.

FRUT. (A Jorge.) ¿Te abonarás?

NIEV. ¡Pues no ha de abonarse! Fila primera, número dos; de cara á las actrices y de espaldas al público; en los entreactos media vuelta, y á tontear con las enfermas... curadas.

JORGE De espanto.

NIEV. (Con amargura.) ¡Esas, esas! ¿Irá la de Piernas? ¿La has dado ya de alta?

JORGE (Sonriendo.) ¡Alto, Nieves, alto!

NIEV. (A don Frutos.) Una viudita madrileña que le ha caído ahora. Un caso de... neurastenia, ¿no es eso?

JORGE (Sonriendo.) Eso es.

NIEV. Un caso... sospechoso, que no puede ni estornudar sin asistencia facultativa.

FRUT. (Con gravedad cómica.) ¡Yerno... yerno!

JORGE Si es que, para ésta, todos los casos son sospechosos... Vive en una epidemia constante.

NIEV. (Marcado.) Vivo prevenida... y nada más.

FRUT. ¡Hola, hola!

JORGE Sí, pero como los prevenidos también comen, (Levantándose y sacando el reloj.) creo que ya es hora...

Ramona D 2

RAM. (Apareciendo por segunda derecha.) Señor; ahí está el señor de antes.

FRUT. ¿De antes?... No caigo.

RAM. El que ha venido antes.

FRUT. ¡Ah, sí!

NIEV. (Levantándose.) Ea, te dejamos.

FRUT. (Idem.) No tengáis prisa; será alguna lata.

JORGE Es que la comida nos espera.

NIEV. ¿Nos quieres acompañar?

FRUT. No, hijos, muchas gracias.

NIEV. (Abrazándole.) Adiós, papá.

FRUT. Adiós. (Llevándolos hacia primera derecha.) Por aquí, para que no os encontréis...

JORGE Hasta luego.

FRUT. (A Jorge.) Adiós. ¡Y cuidado con las viuditas cortesanas! (Los acompaña riendo y dando palmadas en el hombro de Jorge hasta la puerta primera derecha.—A Ramona.) Que pase ese caballero.

ESCENA VII

DON FRUTOS, luego CÉSAR. Ramona desaparece por segunda derecha, vuelve acompañando á César y se va nuevamente, después de introducirle en el despacho.

FRUT. (Dirigiéndose á la mesa de despacho.) ¡Que nunca han de faltar importunos! (Amontonando papeles.) Veinte veces he empezado, y otras tantas...

RAM. (Por segunda derecha.) Pase usted. (Vase.)

Cesar D 2

CÉSAR (Con un larguísimo gabán ruso abrochado; sombrero de copa en la mano. Hace dos profundas reverencias, á las cuales contesta don Frutos con otras dos en igual forma.) ¿Es al señor don Frutos de la Encina, distinguido catedrático de Historia, en la Facultad de Filosofía y Letras, de esta Universidad literaria, á quien tengo el honor de hablar?

FRUT. Servidor de usted.

CÉSAR (Con otra reverencia.) Muy señor mío y de mi más distinguida consideración y aprecio.

FRUT. (Aparte.) Dos puntos.

CÉSAR Yo soy don César Mediano.

FRUT. (Tras brevísima pausa.) Bueno.

CÉSAR (Inclinándose. No, Mediano.

FRUT. No; digo que está bien.

CÉSAR (Con énfasis) César Mediano, eminente—á juicio de la prensa imparcial—eminente primer actor, director y empresario de la notable compañía dramática que ha de actuar en esta población.

FRUT. ¡Ah! sí... Casualmente hace un momento he sabido...

CÉSAR (Adelantándose.) Sí... en el plan de mi *tournée* artística, desde Vitoria resolví hacer luego aquí *la Pascua* á este ilustrado público, y á eso venimos...

FRUT. Me parece bien.

CÉSAR (Con volubilidad.) Más tarde pasaremos á Toro, Aguilas, León, Cabra, Mula, y luego, cruzando Andalucía, espero concluir en Ceuta.

FRUT. Perfectamente.

CÉSAR (Muy amable.) Ahora bien; como dice mi señora, en el negocio teatral, lo mismo que en agricultura, la base está en los abonos.

FRUT. Exacto.

CÉSAR Por eso, de acuerdo con mi señora, es mi primera diligencia, al llegar á cualquier punto, dirigirme á las personas de más viso, á la aristocracia del dinero, de la inteligencia y de la sangre, llenar con ella las localidades preferentes y calentar así el teatro.

FRUT. Falta le hace al nuestro, porque es una nevera.

CÉSAR Expuesto lo que antecede, no dudo que podré contar con su valiosa cooperación y la de su distinguida familia.

FRUT. (Con vacilación.) Mucho gusto tendría en ello; pero es el caso...

CÉSAR (Interrumpiendo y sacando vivamente del bolsillo un talonario y otros papeles.) Para mayor rapidez he venido con los talones en el bolsillo. (Muestra el talonario.)

FRUT. Repito que, á no mediar la circunstancia...

CÈSAR (Aparte.) No se abona. (Alto.) Vea usted, á mayor abundamiento, el plano del Coliseo, en escala de una diezmillonésima. (Marcando un punto con el índice.) La platea ocho le conviene á usted á todas luces. Se verá usted entre el Juez de primera instancia y el Comandante de la Guardia civil...

FRUT. Pero...

CÉSAR Tendrá usted encima al Mayor de Plaza. Estará usted muy cómodo. A mayor abundamiento...

FRUT. (Interrumpiendo á su vez.) Permítame usted. Decía que mi señora...

CÉSAR (Sin dejarle concluir.) He aquí, además, la lista de la compañía (Con amargura.) por el absurdo sistema del orden alfabético. Merced á esta corruptela, que no quiero calificar, con mi carácter de empresario y todo me encuentro en la M.

FRUT. No es efectivamente muy digno.

CESAR (Aparte.) Se abona. (Alto.) Dígnese usted echar un ojo... (Le entrega la lista.)

FRUT. (Tomándola.) Echaré los dos.

CESAR Gracias.

FRUT. (Leyendo.) Primera actriz, doña O Cerrada.

CESAR Mi señora. ¡Un monstruo!

FRUT. ¿Es muy gruesa?

CESAR Digo un monstruo del arte... ¡Todo lo abarca... todo lo desempeña! (Aparte.) excepto mi reloj. (Alto.) ¡En lo dramático arrebata, en lo cómico desternilla!... ¡Qué flexibilidad, señor don Frutos! ¡Qué triunfos! ¡En Valencia flores, en Sevilla azahares, en Santiago palomas, en Guadalajara!...

FRUT. Bizcochos borrachos.

CESAR No, señor. ¡La borrachera del delirio!... De modo que ¿cuento con usted? (Saca un lápiz y otro papel.)

FRUT. (Deteniéndole.) Espere usted. Ocupado con su señora, no me ha dejado usted decirle que la mía está ausente.

CESAR (Aparte.) No se abona. (Alto.) Entonces una butaca... ¡Verá usted qué repertorio!... Desde

las tragedias griegas, hasta lo más saliente del teatro moderno...

FRUT. (Interrumpiendo, y con interés) ¿Cultivan ustedes también el género trágico?

CESAR ¡Es la especialidad de mi señora!

FRUT. ¿La especialidad?... Pero, siéntese usted, y dispénseme que inadvertidamente...

CESAR (Sentándose.) Está usted dispensado. (Se sienta también don Frutos.)

FRUT. La tragedia es indudablemente la más alta, la más noble, la más legítima expresión del arte dramático...

CESAR (Con calor.) ¡Estoy absolutamente de acuerdo con usted! (Aparte.) Se abona.

FRUT. (Animándose.) ¡Lo trágico! ¡No hay nada como eso!...

CESAR ¡Nada!... ¡Y cuando se tropieza con intérpretes á quienes sobran facultades!... (Poniéndose de pie.) Vea usted, por ejemplo, mi señora. Tiene cuatro maneras de morirse de muerte natural y tres de mano airada, á saber: de arma blanca, de arma de fuego y por estrangulación... sin contar con que se envenena y se suicida como un ángel. ¿Qué tal, caballero?

FRUT. ¡Debe usted sentirse orgulloso!

CESAR (Sentándose.) Me siento... (Transición, y con amargura.) ¡Pero esto se va!... ¡El teatro por horas se ha comido á la tragedia... no sale nada... y, no obstante—siempre lo está diciendo mi señora,—el hombre que se encontrase con alientos para resucitarla...

FRUT. (Muy sorprendido.) ¿A quién?

CESAR (Continuando con calor.) A mi seño .. digo, á la tragedia, se cubriría de laureles...

FRUT. (Cada vez más animado.) Opino de igual manera... Justamente momentos antes de llegar usted pensaba en ello, hojeando un trabajo de esa especie, que cierto amigo me confió hace años...

CESAR ¿Sí?

FRUT. Sí... un ensayo puramente.

CESAR ¿Y es cosa de mérito?

FRUT. Hombre, diré á usted... Yo no me considero

autoridad; pero, á mi entender, no carece de bellezas... Tiene caracteres... las pasiones están movidas... La acción se supone cuando la guerra de la República romana con los Galos; cuando el célebre dictador Camilo... Ya recordará usted.

CÉSAR Como si hubiera sucedido ayer. ¿Y no se ha representado nunca?

FRUT. ¡Cá!... Ni se ha atrevido á intentarlo su autor... Es harto modesto, harto severo en el juicio de sus propias obras para atreverse...

CÉSAR (Interrumpiendo con resolución.) Señor don Frutos, aunque me tache usted de osado, voy á pedirle un favor.

FRUT. ¿Cuál?

CÉSAR Que me permita usted leer esa obra.

FRUT. ¡Imposible!

CÉSAR ¿Por qué?

FRUT. (Vacilando.) Porque mi amigo... conocidísimo en la población... y ejerciendo un cargo que... sentiría...

CÉSAR ¿Acaso es un crimen?

FRUT. En manera alguna... pero...

CÉSAR ¡Ah, vamos, (Con amargura.) entonces es que me cree usted, y con razón, incapaz de apreciar los...

FRUT. (Interrumpiendo vivamente.) ¡No señor, nunca!... Son reparos de otra índole...

CÉSAR Nadie sabrá nada, y además yo se la devuelvo á usted antes de veinticuatro horas.

FRUT. (Alarmado.) ¡Eso de ningún modo!... De leerla había de ser aquí.

CÉSAR Donde usted quiera.

FRUT. Bien; pues voy á dar á usted esa prueba de confianza, contando con su silencio.

CÉSAR Cómico y reservado son sinónimos...

FRUT. (Levantándose.) ¡Me rindo! (Se dirige á la mesa de despacho, y revolviendo algunos papeles, saca la tragedia en tres cuadernos independientes y voluminosos, mientras César dice el aparte siguiente.)

CÉSAR (Aparte mirando de reojo á don Frutos.) De un amigo ¿eh? ¡Si ponías cara de padre!... La obra es tuya y se hace, aunque sea un cien

pies. ¡Digo! ¡Abono piramidal... ¡Estreno de sensación! ¡Lleno seguro!... ¡y, caiga el que caiga!

FRUT. (Volviendo al lado de César y entregándole el manuscrito.) Hélo aquí.

CÉSAR (Levantándose y cogiendo los tres cuadernos.) ¿No es más que esto?

FRUT. Nada más.

RAM. (Interrumpiendo por segunda derecha.) Señor, otro caballero que pregunta por usted.

FRUT. ¿Quién es?

RAM. Tampoco le conozco... Quería entrarse de sopetón.

FRUT. (Con resignación.) Dile que pase. (Vase Ramona. Volviéndose á César.) ¡Es un aburrimiento! (Dirigiéndose á primera izquierda é invitando á César á que le siga.) Venga usted... En este gabinete estará usted perfectamente y nadie le molestará. (Separa la cortina y se aparta, cediendo el paso á César, que entra en el gabinete.)

CÉSAR (Saludando al entrar.) Mil gracias. Seré brevísimo.

ESCENA VIII

DON FRUTOS. Luego SÁNCHEZ y RAMONA. Luego CÉSAR.—Don Frutos cierra la puerta del gabinete, vuelto, por consiguiente, de espaldas á la de la derecha, por la que entra Sánchez impetuosamente

Sanchez
D 2

SAN. (A grandes voces, entrando segunda derecha.) ¡¡Frutos!! (Don Frutos se vuelve muy sorprendido. Más alto aún, parándose y abriendo los brazos.) ¡¡Frutos!!

FRUT. (Indeciso.) No caigo...

SAN. ¡Cataplún!... ¿Que no caes? Sánchez, el de los Leones...

FRUT. ¿Qué leones?

SAN ¡Los Leones de Oro!... ¡En la calle del Carmen... ¡En Madrid!... ¡El del cuarto noventa y nueve, inmediato al tuyo! ¿No te acuerdas?

FRUT. (Aparte.) ¡Ni pizca! (Alto.) Sí... creo recordar. (Alargándole la mano.) ¿Cómo está usted?

SAN. ¡Cataplún! ¿Ahora de usted? ¿Ya no me tuteas?

FRUT. ¡Ah! sí... dispensa... ¿Cómo estás?

SAN. ¡Fastidiado como siempre, chico!... ¡Pero ahora tengo un disgusto de familia morrocotudo!

FRUT. ¡Hombre!

SAN. ¡Morrocotudo! ¿Recuerdas lo que te conté del zángano de mi hijo?

FRUT. ¿Qué zángano?

SAN. El mayor... Pues bien; salió lo que me temía... Apenas terminada la carrera, ¡cataplún! emprendió otra...

FRUT. ¡Buen estudiante!

SAN. ¡Buen tunante! ¡Si es que se ha escapado de mi casa!

FRUT. ¡Demonio!

SAN. Y verás por qué... Recordarás igualmente lo que te conté de aquella criada, bien parecida...

FRUT. ¿La criada? Sí, sí, también lo recuerdo... ¿Y qué? ¿La has despedido?

SAN. Al contrario: la ascendí á ama de llaves, se le atravesó á Emilio...

FRUT. ¿Dónde?

SAN. Vamos, que no congeniaban y, de la noche á la mañana, ¡cataplún! desapareció.

Cesar I 1

CÉSAR (Apareciendo primera izquierda, con un cuaderno en la mano.) Señor de la Encina...

FRUT. (Volviéndose vivamente.) ¡Cataplún!

CÉSAR (Saludando á Sánchez con una profunda reverencia.) Servidor de usted.

SAN. Beso á usted la suya.

FRUT. (Yéndose al encuentro de César y deteniendo con un ademán á Sánchez, que intenta seguirle.) Con permiso de usted, digo, con tu permiso.

SAN. Anda, anda sin cumplidos. (Se aleja hacia la derecha, tarareando con afectación y mirando de reojo á don Frutos y á César.)

FRUT. (En voz baja á César.) ¿Qué hay?

CÉSAR (En voz baja también.) Un inconveniente que he notado al hojear, así, por encima.

FRUT. (Sorprendido.) ¿Cuál?

CÉSAR Que la acción empieza cinco siglos antes de Jesucristo...

FRUT. Justamente.

CÉSAR Y termina en el catorce. (Sánchez vuelve en su paseo y se acerca á los interlocutores.)

FRUT. (Estupefacto.) ¡Cá, hombre!

CÉSAR (Sin escucharle.) De forma que el galán (Don Frutos mira con inquietud á Sanchez, temiendo que oiga algo), tendrá en el tercer acto mil ochocientos años y la característica (llevándose la mano al bolsillo) voy á echar la cuenta. (Saca el lapiz.)

FRUT. ¡Pero si!...(A Sánchez que sigue acercándose.) Siéntate ahí. (Sánchez hace ademán de sentarse en la silla bordada.) No... en esa no, que está rota. (Le señala el sillón de la mesa cuadrada.) Aquí.

SAN. (Sentándose.) No tengas prisa.

FRUT. (A César y siempre á media voz.) ¡Es imposible!

CÉSAR (Abriendo el cuaderno ante los ojos de don Frutos.) Vea usted.

FRUT. (Leyendo y dándose una palmada en la frente.) ¡Ah! (Cogiendo el cuaderno.) ¡Si esto es una disertación sobre los viajes de Américo Vespucio!

CÉSAR ¡Ya decía yo!

FRUT. La he confundido con el tercer acto... Espere usted. (Se dirige á la mesa de despacho y cambia el cuaderno por otro.)

SAN. (Mirando con curiosidad.) Si te molesto...

FRUT. No; concluyo en seguida. (Se acerca á César y le da el tercer acto.)

CÉSAR Gracias. (Coge el cuaderno.) ¿Tendría usted la bondad de decir que me dieran un vaso de agua?

FRUT. Con mucho gusto (Señalándole el gabinete.) Ahora se le llevarán.

CÉSAR Repito las gracias. (Hace una reverencia á don Frutos, otra á Sánchez, y vuelve á desaparecer por primera izquierda.)

FRUT. (Cruzando rápidamente la escena y asomándose á la puerta segunda derecha) Ramona, una copa de agua al gabinete. (Volviéndose á Sánchez.) Dispénsame.

SAN. ¡No faltaba otra cosa! Si hubiera sabido que tenías visita...

FRUT. No es visita. (Se sienta junto á Sánchez.)

SAN. ¡Me lo había figurado!

Ramona
D 2 - pasa

FRUT. Es un escribiente... que me está poniendo en limpio...

SAN. También me lo habia figurado. Pero, hablando de otra cosa, ¿y tú mujer? (Ramona pasa con una copa de agua, que deja en primera izquierda, volviendo á marcharse por segunda derecha.)

FRUT. Está fuera con Paulina.

SAN. ¡Cuánto lo siento! ¡Yo que deseaba tanto conocerla!

FRUT. Pues tuvieron que marchar precipitadamente á Vitoria.

SAN. ¡Cataplún! ¿Algún ataque de don Celso?

FRUT. (Aparte admirado.) ¡Todo lo sabe! (Alto.) Justo.

SAN. ¡Si ya te lo decía, acuérdate! A don Celso le repite el ataque y se queda en el último, ya verás! (Transición.) ¿Y aquel gatazo tan hermoso?

FRUT. Bueno.

SAN. ¿Y Nieves? ¿Te ha dado ya algún nieto?

FRUT. Ninguno.

SAN. Pero, ¿en qué está pensando esa muchacha? (Don Frutos se encoge de hombros.) No se te olvide decirla, y á tu yerno también, que siento mucho marcharme sin conocerlos; pero no dispongo de un minuto. (Sacando el reloj y levantándose.) ¡Cataplún! ¡Las ocho, y salgo en el tren de las ocho y cuarenta! A tí he venido á verte, únicamente por cumplir la palabra que nos dimos en los Leones y porque no te ofendieras. (Abrazándole estrechamente.) ¡Adiós, Frutos!

FRUT. (Correspondiendo al abrazo de mala gana.) ¡Adiós, hombre!

SAN. ¡Y cuidado con pasar por Almadén sin visitarme. (Le da otro abrazo.)

FRUT. (Aturdido.) Descuida.

SAN. ¡Mil cosas á Manuela, á Paulina, á Nieves, á todos, á todos! Y ya vendré más despacio á pasar un mes ó dos con vosotros.

FRUT. (Aparte.) ¡Jesucristo! (Alto.) Cuando gustes.

SAN. (Haciendo medio mutis y volviéndose.) ¡Ah! ¿Y el loro?

FRUT. Mírale.

SAN. ¡Soberbio bicho! (Acercándose y acariciándole.) ¡Ps, ps!

LORO (Fuerte.) ¡Morral! ¡morral!

SAN. (Dando media vuelta y marchándose por derecha.) Vaya, adiós. (Deteniéndose de pronto al ver que don Frutos le acompaña.) No te molestes, no salgas.

FRUT. (Protestando.) Permíteme.

SAN. (Volviendo á entrar con resolución.) ¡Si te empeñas en salir, me siento!

FRUT. (Retrocediendo asustado.) ¡No, no! ¡adiós!

SAN. Adiós. (Da media vuelta rápidamente para salir y pega en el quicio de la puerta.) ¡Cataplún! ¡por poco me estampo! (Vase segunda derecha.)

ESCENA IX

DON FRUTOS, luego CESAR

FRUT. (Suspirando con satisfacción al verse solo.) ¡Anda bendito de Dios!... (Viniendo al centro de la escena.) ¡Qué memorión de hombre... de todo se acuerda!... Y el caso es que yo apenas hago memoria...

Cesar

CESAR (Asomándose por la primera izquierda, con un cuaderno en la mano.) Señor don Frutos...

FRUT. (Volviéndose vivamente.) ¡Ah! ¿Cómo va esa lectura?

CESAR Un acto.

FRUT. Y...

CESAR (Entrando en escena, y con exageración.) ¡Asombroso! ¡Estupendo!

FRUT. (Con modestia.) ¡Hombre, no será tanto!

CESAR ¡Superior! ¡Magnífico! ¡Qué conocimiento de los tipos! ¡Con qué propiedad hablan los Bárbaros! ¡Diríase que el autor era uno de ellos!

FRUT. (Conmovidísimo y oprimiendo la mano de Cesar.) ¡Gracias, gracias... en nombre de mi amigo!... ¿Y el cuadro final?

CESAR (Horrorizado.) ¡Oh! ¡Calle usted!... ¡Si me ha puesto los pelos como cohetes!... ¡Cuando

Breno se bebe el ánfora de vino, que debe ser Jerez, por el estado en que le pone!...

FRUT. Falerno.

CESAR Bien, lo que sea... y duda si matar al dictador Camilo, ó á su hermana Cornelia, ó al valiente Cominio y, por fin, se apacigua un poco y decide matar á los tres, y dice: (Hojeando el ejemplar, y con entonación exagerada.)

«¡No concitéis las iras de mis bravos,
vil manada de esclavos,
ú os juro por mi espada y por mi solio,
que tomo á sangre y fuego el Capitolio
y no dejo allí dentro ni los rabos!»

¡Qué efecto de luz!... ¡Anochece!... ¡A la derecha los soldados romanos apercibidos! ¡A la izquierda los galos armados!... ¡Cornelia avanza, y, mesándose los cabellos—¡cómo estará aquí mi señora!—se arrodilla ante el Breno, que la mira y lanza un grito: «¡Aaah, me has vencido!... ¡qué hermosa eres!...» ¡Aquí se hunden las galerías!

FRUT. Pero, ¿de veras lo encuentra usted tan saliente?

CESAR *¡Sobresaliente!* (Transición.) Y ahora, óigame usted una cosa, señor don Frutos. ¿No es un necio el que se encuentra un tesoro y no lo recoge?

FRUT. (Un poco sorprendido.) Sí.

CESAR Pues, bien; yo he encontrado ese tesoro, y no he de ser un necio. ¿Qué diría mi señora? ¡Señor don Frutos, yo quiero estrenar esta tragedia!

FRUT. (Manifestando una alegría mezclada de sorpresa y cambiando luego de expresión.) ¿Estrenar?... ¡Cá, imposible!

CESAR ¿Por qué?

FRUT. (Con misterio.) Señor Mediano, no hay tal amigo ni tales carneros. El autor soy yo.

CESAR Lo sabía.

FRUT. (Sorprendido.) ¿Cómo?

CESAR Es decir, lo había sospechado (Mirándole como si tratara de fascinarle.) ¡Lleva usted en la frente el *quid divinum*, que se le nota á usted hasta con la gorra puesta!

FRUT. (Ruborizándose.) ¡Por Dios!

CESAR Lo dicho.

FRUT. Entonces, ya comprenderá usted...

CESAR (Con firmeza.) ¡No comprendo, no quiero comprender nada! Hoy se saca de papeles...

FRUT. (Protestando.) ¡Por supuesto!

CÉSAR Mañana se ensaya.

FRUT. ¡Quiá!

CÉSAR El jueves se estrena.

FRUT. (Levantando los brazos.) ¿Dónde va usted á parar?

CÉSAR ¡Y el viernes la apoteosis! ¿Qué le parece á usted?

FRUT. Que va usted muy deprisa.

CÉSAR ¡Yo digo como mi tocayo! *Veni, vidi, vici.*

FRUT. (Luchando interiormente.) ¡Es usted un diablo tentador!

CÉSAR (Vivamente.) Entonces, cosa hecha.

FRUT. (Vacilando.) Hombre... tanto como hecha .. En fin, si después de leer todo se confirma esa apreciación lisonjera...

CÉSAR ¡Se confirmará!

FRUT. Y si, en caso de decidirme, fuera posible conservar el incógnito más riguroso, la reserva más absoluta...

CÉSAR ¡Se conservará!

FRUT. Pero entiéndase bien; hasta con los individuos de mi familia.

CÉSAR ¡Con todo bicho viviente! Es decir, á excepción de mi señora. (Movimiento de don Frutos.) Tranquilícese usted... mi señora es un pozo.

FRUT. Corriente; pues acabe usted la lectura y hablaremos.

CÉSAR Voy á devorarla. (Medio mutis primera izquierda.) ¡Ah! ¿Haría usted el obsequio de facilitarme otro vaso de agua?

FRUT. Toda la que usted quiera.

CÉSAR (Saludando.) Reconocidísimo. (Vase primera izquierda.)

ESCENA X

DON FRUTOS. Luego RAMONA

FRUT. (Se dirige segunda derecha y dice al paño.) Ramona, otra copa de agua al gabinete. (Volviendo á la escena y mostrándose satisfecho y á la vez conmovido.) Pues señor; lo veo y no lo creo. ¿Quién había de pensar hace veinticuatro horas—¡hace menos!—que ese montón de papeles, ya olvidado, pudiera tal vez convertirse en el pedestal de mi fama? (Ramona cruza la escena llevando una copa de agua. Mira con extrañeza á don Frutos, cuya actitud la sorprende; deja la copa en primera izquierda y vuelve a salir cuando se marca.) ¿Y por qué no? ¡Qué emoción tan extraña! (Breve pausa.) ¡Y qué deseo de hacer á alguien partícipe de lo que en estos instantes pasa por mí! (Se queda pensativo. Ramona sale de primera izquierda, cruza la escena mirando de reojo á don Frutos, quien á su vez la mira también con cierta indecisión, concluyendo por llamarla cuando ya va á desaparecer por segunda derecha.) ¡Ramona!

RAM. (Volviendo.) ¿Qué manda usted?

FRUT. Ven acá... Tú no has inventado la pólvora.

RAM. (Sonriendo afectuosamente.) No, señor.

FRUT. Ya lo sé... pero llevas veinte años en la casa...

RAM. Veintiuno el domingo de Quasimodo.

FRUT. Bien; es *cuasi* lo mismo.. En consecuencia, te miramos y tenemos como un individuo de nuestra familia.

RAM. (Enternecida.) ¡Ya lo creo... usted es mi padre!

FRUT. No tanto; pero te aprecio de verdad, y voy á darte una prueba.

RAM. (Alargando la mano.) Muchas gracias, señor.

FRUT. Baja la mano, que no se trata ahora de eso. ¿Te has fijado en el caballero que está ahí? (Señalando al gabinete.)

RAM. Ya lo creo.

FRUT. ¿Y qué te parece?

RAM. Que debe haber almorzado sardinas.

FRUT. (Sorprendido.) ¿Cómo?

RAM. ¡A ver!

FRUT. ¡Pues es un cómico!

RAM. (Admirada y mirando hacia la primera izquierda.) ¡Anda, un cómico!

FRUT. ¡Y muy notable!... ¿Y á que no aciertas lo que está leyendo?

RAM. ¿Cómo voy á acertarlo?

FRUT. (Pavoneándose.) Una trágedia; (Movimiento de Ramona.) para que lo entiendas mejor, una comedia mía.

RAM. (Más admirada.) ¿De usted?... ¿Que la ha sacado usted de su cabeza?

FRUT. ¡Claro!... No la iba á sacar de los pies.

RAM. Oiga usted, ¿será así como la *Gran vía?*

FRUT. Mucho más grande; quiero decir, mucho mejor.

RAM. ¡Sí que debe de ser muy bonita, porque, cuando entré antes, hacía ese señor unos aspavientos!...

FRUT. ¿Y lloraba?

RAM. Creo que no... pero lo podemos ver. (Dirigiéndose á primera izquierda.)

FRUT. (Siguiéndola.) ¿Dónde vas?

RAM. A mirar por el ojo de la llave.

FRUT. ¡Que nos va á sentir!

RAM. ¡Quiá! (Mira por la cerradura. Don Frutos se coloca junto á Ramona, en actitud de escuchar.)

FRUT. ¿Le ves?

RAM. Sí.

FRUT. ¿Qué hace?

RAM. Muchos gestos. (Pausa. Ramona sigue mirando y don Frutos escucha á su lado.) ¡Ay! ¡Ahora patalea! (Al pronunciar estas palabras, Ramona patalea también, obligando á don Frutos á retirarse vivamente.)

FRUT. (Inclinándose también y acercando su cara á la de Ramona, en actitud de escuchar á través de la puerta.) Pero no se oye nada.

RAM. ¡Ahora manotea! (Uniendo la acción á la palabra, da con el revés de la mano en la nariz de don Frutos, que se endereza de un salto.)

FRUT. ¡Ay! (Después de rascarse la nariz.) Esa es la escena de la bendición.

RAM. ¡Qué feo se pone!

FRUT. Déjame mirar un poco. (Ramona se aparta y don Frutos mira á su vez por la cerradura. Breve pausa. De pronto se endereza y corre al centro de la escena, atropellando á Ramona.) ¡Que sale! (Ramona retrocede también y se quedan ambos en silencio, mirando á la puerta primera izquierda.)

RAM. Pues no sale.

FRUT. Le ví ponerse de pie. (Breve pausa.) No sale, no. (A Ramona.) Pues bien; esa comedia que está leyendo y que, como te he dicho, es mía, se va á representar aquí.

RAM. ¿En casa?

FRUT. No, mujer, en el teatro.

RAM. ¿Me dejará usted ir á verla?

FRUT. ¡Claro!

RAM. ¿Y lo sabe la señora?

FRUT. (Dándose una palmada en la frente.) ¡Ah, demonio! ¡No habíamos contado con la huéspeda!

RAM. ¡Pues es menuda!

FRUT. ¡Con el humo de la gloria, se me había olvidado el infierno!

RAM. Si tardase en venir..

FRUT. ¡Qué ha de tardar, si es un milagro que no esté ya aquí!

RAM. Pero...

FRUT. (Disgustado, despidiéndola con un ademán.) ¡Déjame, déjame, que me has aguado por completo la fiesta! (Se pasea, Ramona se encoge de hombros y se dirige á marcharse por segunda derecha. Don Frutos la detiene cuando ya va á salir.) Oye... y cuidado no se te escape ni una palabra de esto.

RAM. ¿Pero yo voy al teatro aunque me despidan?

FRUT. ¡Puede que nos despidan á todos! (Vase Ramona segunda derecha.)

ESCENA XI

DON FRUTOS, luego CÉSAR, luego RAMONA.

FRUT. ¿Dónde tendría yo la cabeza para olvidarme de mi mujer, después de estarla padeciendo treinta años consecutivos? Y que si viene y

se entera no habrá tragedia en el teatro; pero lo que es aquí... (Pausa.) ¿Y voy á perder esta oportunidad, esta feliz coincidencia, que de seguro no volverá á presentarse? (Con resolución.) ¡No!... hay que detenerla, cueste lo que cueste... (Pensando.) El problema es cómo lo consigo... Aunque la escribiera que me había muerto, vendría á los funerales. (Vuelve á quedarse pensativo y de pronto exclama con aire de triunfo.) ¡Ya está! (Dirigiéndose rápidamente á la mesa de despacho y poniéndose á escribir.) Pensado y hecho. (Escribiendo.) Doraremos la píldora. «Amantísima esposa: detén tu regreso.» (Declamado.) Eso. (Escribiendo.) «En la población se extiende la viruela.» (Declamado.) Con el miedo que la tienen esto bastaba; pero remachemos el clavo. (Escribe.) «Ramona está atacada y se ha marchado. El portero está atacado.» (Declamado.) Ahora yo. (Escribe.) «Y yo me he revacunado.» (Le interrumpe César, asomando la cabeza por primera izquierda.)

Cesar

CESAR — Caballero.

FRUT. — (Con mucho interés.) ¿Se acabó el segundo acto?

CESAR — Estoy en las últimas.

FRUT. — ¿Y qué?

CESAR — Siempre en *crescendo*... Pero desearía, aun á trueque de molestar....

FRUT. — (Con amabilidad.) ¿Más agua?

CESAR — Justamente, gracias. (Se entra y cierra: don Frutos, toca el timbre.)

Ramona

RAM. — (Asomándose por segunda derecha.) Señor.

FRUT. — Más agua al gabinete. (Desaparece Ramona: don Frutos vuelve á leer el final de su carta.) Sí, ya estoy revacunado. (Escribiendo.) «Excuso decirte... (Murmura el resto de la carta. Ramona aparece por segunda derecha con una gran botella de agua en cada mano, cruza la escena en silencio, entra primera izquierda y reaparece en seguida sin las botellas, haciendo mutis por segunda derecha. Don Frutos cierra la carta y pone el sobre diciendo entretanto.) Listos: luego la hecho y mañana al medio día la tienen en su poder. (Se levanta dejando la carta sobre la mesa.) Hubiera sido más rápido un telegrama; pero ¿cómo decía en él lo de las

pasa

viruelas? (Breve pausa.) Ha sido un recurso ingenioso... Por supuesto, que un hombre que, durante tres actos, trae y lleva las hordas de las Galias y las legiones de Roma sin que se encuentren, no tiene nada de extraño que sepa alejar dos personajes. (Dirigiéndose primera izquierda.) Vamos á ver si concluye esta esponja.

ESCENA XII

DON FRUTOS, DOÑA MANUELA, PAULINA, RAMONA, luego CÉSAR. En el momento en que don Frutos se dispone á entrar por la primera izquierda, aparecen por la segunda derecha doña Manuela y Paulina en traje de viaje, con manta, cabás, etc., seguidas de Ramona

PAU. (Dentro y saliendo precipitadamente á escena.) ¿Dónde está papá? (Entra.) ¡Papá!

FRUT. (Volviéndose vivamente.) ¡Hija mía! (Se abrazan.) ¿Y tu madre?

MAN. (Entrando.) Presente. (Don Frutos la abraza.)

FRUT. ¡Manolita! Pero ¿qué es esto? ¿Cómo os presentáis sin avisar?

RAM. (Abrazando y besando á Paulina.) ¡Qué guapa y qué gruesa vienes!

CÉSAR (Saliendo impetuosamente por primera izquierda con el sombrero puesto, dos cuadernos debajo del brazo izquierdo y blandiendo otro en la mano derecha.) ¡Estupendo! (1) (Se detiene sorprendido al ver á las señoras, mete el cuaderno debajo del brazo, se descubre y saluda.) Señoras. (Doña Manuela y Paulina, sorprendidas también, contestan con una inclinación, en tanto que don Frutos, muy aturdido, mira alternativamente á su familia y á César.)

FRUT. (A Paulina y Manuela.) Un momento. (Se dirige hacia César haciéndole señas de que calle y le dice en voz muy baja al estar junto á él:) ¡Silencio... mi familia!

CÉSAR (También en voz baja.) Por muchos años. Yo me llevo esto. (Hace ademán de marcharse.)

---

(1) Ramona, Paulina, doña Manuela, don Frutos y César.

FRUT. (Deteniéndole.) ¿Y el tercero? (Paulina y Manuela, auxiliadas por Ramona, dejan sobre la mesa los cabás y se quitan los sombreros.)

CÉSAR Mañana lectura y paso de papeles.

FRUT. ¿De modo que el tercero...? (César habla á don Frutos con grande animación y gesticulando mucho durante las palabras que siguen. Don Frutos intenta en vano interrumpirle.)

PAU. (A Ramona.) ¿Quién es ese caballero?

RAM. No sé.

MAN. (Entregando la manta de viaje á Ramona.) Vaya usted recogiendo todo esto. (Paulina entrega su cabás a Ramona y empieza á quitarse los guantes.)

CÉSAR Mandaré á usted la tablilla de ensayos. (Disponiéndose a salir.)

FRUT. (Con ansiedad.) ¿Entonces el tercero?

CÉSAR (Sin hacerle caso se dirige á salir por segunda derecha, saludando al paso á doña Manuela y á Paulina.) Estoy á los pies de ustedes. (Doña Manuela y Paulina contestan con una inclinación de cabeza.)

FRUT. (A César con afectación.) Cuidadito con la lección de mañana. (Paulina mira á César.)

CÉSAR (Parándose y volviéndose hacia don Frutos.) Vendrá como una seda.

PAU. ¡Ah! Un discípulo.

FRUT. (Deteniendo con un ademán á Ramona, que se dispone á salir, é incorporándose vivamente á César.) Yo le acompañaré. (En voz baja y suplicante á César al salir los dos por segunda derecha.) Pero, ¿y el tercero?

CÉSAR (Saliendo.) Santificar las fiestas. (Vanse César y don Frutos por segunda derecha.)

PAU. (A Ramona.) Ayúdame. (Paulina se quita el abrigo, auxiliada por Ramona, mientras doña Manuela se quita el sombrero, le deja sobre la mesa de despacho, repara con naturalidad en la carta que escribió don Frutos, y la coge. (1)

MAN. (Con la carta en la mano.) ¡Calle! Carta de tu padre para nosotras. (La deja.)

PAU. ¡Pobrecillo! ¿A ver qué nos decía? (Doña Manuela vuelve á coger la carta, la abre y empieza á leerla.)

MAN. (Leyendo.) «Amantísima esposa: En la pobla-

(1) Paulina, Ramona y doña Manuela.

ción se extiende la viruela.» (Paulina y Ramona se vuelven sorprendidas y prestan atención.) «Ramona está atacada.» (Paulina da un grito y empuja á Ramona, separándose precipitadamenle de ella y corriendo al lado de doña Manuela.)

RAM. ¿Yo? (Se queda inmóvil, con los ojos muy abiertos, paralizada por la sorpresa y el terror.)

PAU. ¡Virgen Santísima!

MAN. (Leyendo.) «El portero está atacado.»

RAM. ¿El portero?

MAN. (Leyendo.) «Y yo me he revacunado.»

RAM. (Estupefacta.) ¿El señor?

PAU. ¡Ay, mamá, qué espanto!

MAN. (Aparte.) ¿Qué significa esto?

FRUT. (Entra por segunda derecha, manifestando gran satisfacción y frotándose las manos.) ¡Ea! ¡Gracias á Dios que estamos todos reunidos! Conque, decidme: ¿y el tío Celso? ¿y la familia? ¿qué tal? (1)

MAN. (Con severidad y mostrando la carta.) Con viruelas.

FRUT. (Anonadado.) ¡¡La carta!! (Lo que sigue rapidísimo.)

MAN. (A Paulina.) ¡Huyamos de este foco de infección!

PAU. ¡Sí, mamá! (Cogen rápidamente los objetos que tienen más á mano, y se dirigen á salir por segunda derecha.)

FRUT. (Suplicante.) ¡Escucha!

MAN. ¡Ni una palabra!

RAM. (Queriendo detener á Paulina.) ¡Paulina! ¡hija!

PAU. (Huyendo de ella.) ¡Quítate!

FRUT. (Siguiéndolas.) Pero, ¿dónde váis?

MAN. ¡A revacunarnos! (Sale precipitadamente por segunda derecha con Paulina. Don Frutos las sigue con ademanes de súplica, pronunciando los tres personajes frases ininteligibles.)

RAM. (Va á salir también; de pronto se detiene y se mira las manos horrorizada.) ¡Dios mío! ¿Si las tendré? (Telón rapidísimo.)

FIN DEL ACTO PRIMERO

---

(1) Ramona, don Frutos, doña Manuela y Paulina.

ACTO SEGUNDO

La misma decoración del acto primero, menos la jaula del loro. Las cortinillas del balcón echadas. Es de noche. Lámpara encendida sobre la mesa de despacho. Otra lámpara grande, también encendida, sobre la mesa cuadrada. El calendario de pared marca el 6 de Diciembre. La estufa continúa encendida.

ESCENA PRIMERA

CÉSAR y RAMONA, ambos por segunda derecha; el primero muy apresurado, con el mismo gabán del primer acto, abrochado. Luego DON FRUTOS

Cesar Ramona

D 2

CÉSAR ¿Dónde está?

RAM. Ahí, en el gabinete, esperándole á usted. (César se dirige precipitadamente á la primera izquierda y Ramona le detiene por un brazo.) Pero oiga usted... ¿Se estrena al fin esta noche?

CÉSAR A las nueve en punto.

RAM. Mi billete.

CÉSAR Descuida. (César sigue avanzando hacia primera izquierda, en el momento en que don Frutos se asoma por dicho término.)

FRUT. (Demostrando impaciencia.) ¡Gracias á Dios! Pase usted, pase usted. (Se entran ambos por primera izquierda y cierran la puerta.)

Frutos

I 1

ESCENA II

RAMONA. Luego DOÑA MANUELA

RAM. ¡Qué cinco días llevamos de enredos y tapujos y trapisondas! El señor va á caer enfermo de un sofocón... A ver si le dan las viruelas que me colgaba á mí. (Medio mutis por segunda derecha.)

MAN. (Sale por segunda izquierda, en traje de calle, con mantilla y limosnero.) ¿Y el señor?

RAM. (Volviéndose y señalando primera izquierda.) Ahí, con el discípulo.

MAN. (Con desabrimiento.) ¿Van á dar ahora en la gracia de venir también de noche?

RAM. No lo sé.

MAN. ¿Cuál es, el joven ó el viejo?

RAM. El viejo. (Al ver que doña Manuela se dirige á la primera izquierda.) Ha mandado que no se le interrumpa.

MAN. Bien; retírese usted. (Vase Ramona por segunda derecha.)

ESCENA III

DOÑA MANUELA y DON FRUTOS. Doña Manuela se dirige á primera izquierda y llama con la mano á la puerta.

FRUT. (Abriendo con mal humor.) ¡He dicho!... (Cambiando rápidamente de expresión al ver á doña Manuela y con mucha amabilidad.) ¡Ah! ¿Eres tú?

MAN. (Con un tono seco y desabrido, que conservará durante el diálogo con don Frutos.) Sí.

FRUT. ¿Qué querías?

MAN. Dinero. Voy de compras con Nieves.

FRUT. (Avanza á la escena, cierra la puerta del gabinete, saca la cartera y de ella un billete de 50 pesetas, que mira con cierta pena, diciendo aparte al entregársele á doña Manuela.) ¡El último cartucho! (Alto.) Toma 50 pesetas. (Con vacilación.) ¿Necesitas más?

MAN. No.

FRUT. (Suspirando con satisfacción.) ¿Viene Nieves á buscarte?

MAN. Sí.

FRUT. ¿Os acompaña Paulina?

MAN. No.

FRUT. (Cada vez más amable.) ¿Deseas alguna otra cosa?

MAN. (Volviéndole la espalda y con más sequedad aún.) ¡No!

FRUT. (Volviéndose á su vez y con acento de resignación al entrarse por primera izquierda.) ¡Sigue el barómetro en tempestad! (Vase cerrando la puerta.)

ESCENA IV

DOÑA MANUELA. Luego NIEVES.

MAN. ¡Si cree que voy á dar mi brazo á torcer, aunque nos pasemos así toda la vida... (Transición.) Por supuesto, que no hay mal que por bien no venga. (Mirando el billete y guardándole en el limosnero.) En otras circunstancias, estos doscientos reales hubieran venido acompañados de doscientas mil consideraciones sobre lo exiguo de la paga, lo superfluo de algunos gastos... (Interrumpe la llegada de Nieves.)

Nieves D 2

NIEV. (Entrando por segunda derecha, muy seria y muy grave.) Mamá...

MAN. (Volviéndose.) Ya estaba deseando que vinieras.

NIEV. (Yendo junto á su madre.) Me dijiste que al anochecer...

MAN. No es que te hayas retrasado; es que deseo salir á la calle; se me viene encima la casa, y tu padre y todo...

NIEV. (Con cierta ansiedad.) ¿Ha habido algo más?

MAN. No (Exaltándose.) ¡Es que no puedo conformarme; es que no puedo creer, aunque lo predicaran frailes franciscos, que únicamente porque á Paulina la sentaba bien Vitoria se decidiera tu padre á impedir nuestro re-

greso, y, sobre todo, á emplear para conseguirlo la inexplicable y ridícula invención de las viruelas! (Más irritada.) ¡Y que no da otra razón aunque le maten!

NIEV. (Con tristeza.) ¡Sus motivos tendrá!

MAN. (Más tranquila.) Pero ¿por qué no los dice? ¿por qué? cuando, tratándose de una persona de sus condiciones, no puede ser nada grave, ni trascendental, ni...

NIEV. (Interrumpiendo.) Pues te equivocas. Lo es.

MAN. (Muy sorprendida.) ¿Grave?

NIEV. Gravísimo. (Movimiento de doña Manuela, que detiene Nieves.) Escucha. (Se sientan.) Esta mañana en casa hablaban papá y Jorge misteriosamente en el comedor y, al ir yo á entrar sorprendí estas frases: «Si Camilo no se lleva pronto á su hermana, que está en Cinta, el desenlace tiene que ser una catástrofe.»

MAN. ¿Quién decía eso?

NIEV. Jorge, y papá parecia muy apurado al oírselo.

MAN. ¿Estás segura?

NIEV. Lo oí perfectamente. Por desgracia me sintieron y cambiaron de conversación. (Sacando el pañuelo y limpiándose las lágrimas.) ¡Dios mío! ¡Dios mío!

MAN. (Tranquilizándola.) ¿A qué viene ese llanto? ¿Qué supones?

NIEV. Relaciona esto ahora con las frecuentes visitas de papá á casa, con las idas y venidas de Jorge, con sus continuas conferencias y cabildeos, que hasta aquí no me habían llamado la atención... (Se interrumpe, sollozando y llevándose nuevamente el pañuelo á los ojos.)

MAN. (A parte con ira.) ¿Serían capaces?... (Alto y disimulando.) Oye... no te aflijas por lo que tal vez no merezca la pena...

NIEV. Sí, mamá; es alguna trapisonda de Jorge, no te quepa duda, y papá quería alejarte para evitar que la descubrieras. Esta es la clave del enigma.

MAN. Espera, y no aventuremos suposiciones (Mirando á la puerta de primera izquierda.) Y no alces

la voz, que está ahí. Ante todo, vamos á ver. ¿Qué Camilos hay en la población? (Doña Manuela reflexiona.)

NIEV. No recuerdo ahora.

MAN. Ni yo.

NIEV. No te canses. Será un forastero. ¿No oyes que «se la tenía que llevar?» Sí, y la hermanita algún antiguo conocimiento de Madrid ó de Burgos. (Transición, y estrujando el pañuelo con rabia.) ¡Pero se equivocan si creen que voy á tolerar semejante infamia!

MAN. No te exaltes así.

NIEV. ¡Soy hija de mi madre! (Levantándose.)

MAN. Pues, porque lo eres, imítame. No cedas al primer impulso, que nunca es bueno... Aun admitiendo que sea verdad lo que supones, déjalo á mi cargo: yo te prometo descubrir á ese Camilo y á su hermana, aunque se hallen bajo siete estados de tierra.

NIEV. ¡Engañarme con una mujer de esa especie!

MAN. Pero, ¿tú conoces su especie?

NIEV. Me la figuro. ¡No será ninguna princesa!

MAN. Bien: ante todo, te lo repito, disimulo... Ya que habíamos pensado salir, vámonos... (Se levanta.)

NIEV. ¡Si vieras qué gana tengo!...

MAN. No importa. Mira, esta noche os venís á cenar Jorge y tú y, ya que estoy sobre aviso, harto será que durante la cena, ó después en la velada, no sorprenda algo que nos ponga sobre la pista... Vamos. (Se dirige segunda derecha.)

NIEV. (Siguiéndola.) ¿No viene Paulina?

MAN. ¡Otro misterio!... Tan callejera siempre y, desde que regresamos, no hay quien la haga salir (A Nieves, que se detiene para limpiarse los ojos.) ¡Anda, tonta; si todo ello no será nada!

NIEV. ¡Dios lo quiera! (Vanse ambas por la segunda derecha.)

ESCENA V

PAULINA, luego RAMONA

Paulina I 2

PAU. (Asomándose sigilosamente por la segunda izquierda y mirando en torno.) Sí, ya se han ido. (Entra y mira por el balcón sin levantar las cortinillas.) Ahora cruzan la calle... (Breve pausa.) Y él allí, como siempre... No quiero levantar la cortinilla, porque si me ve, sube al momento. (Viniendo al centro de la escena.) Es preciso ya hablar á Ramona. Van demasiadas casualidades, concluirá por enterarse y será peor. (Llamando por la puerta segunda derecha.) ¡Ramona! ¡Ramona!

Ramona D 2

RAM. (Por la segunda derecha.) ¿Qué quieres?

PAU. (Algo cortada.) Nada, que... ya sabes que á esta hora suele venir... el otro discípulo de papá, el joven... don Luis.

RAM. Sí; y ¿sabes tú otra cosa? (Cogiéndola de la mano y avanzando.)

PAU. (Sorprendida.) ¿Qué?

RAM. Que yo no comulgo con ruedas de molino, y que si el que ha sido cocinero antes que fraile, no digo lo demás, á mí, que he sido cocinera y sigo siéndolo, no me la das con queso.

PAU. (Turbada.) ¿A dónde vas á parar?

RAM. Pues á que te estás comprometiendo y estás comprometiéndome á mí.

PAU. ¿Por qué?

RAM. Por ese dichoso discípulo, que no estudia con tu padre, sino con el mismo demonio.

PAU. No creo que tenga nada de particular.

RAM. No lo tendrá, pero si se enterara tu madre de que todos los días, con un pretexto ó con otro, hay un parrafito antes de entrar en el gabinete, ¡no se armaría mala!...

PAU. (Con resolución.) Después de todo, un estudiante, y de buena familia.... ¿qué podían decir?

RAM. Pues que ni es estudiante, ni regularmente será de buena familia.

PAU. ¿Estás loca?

RAM. Mira; hasta ahora había callado, porque tu padre me lo mandó; pero no quiero cargos de conciencia. El señorito ese es un cómico de los del teatro; me parece que le llaman el galancito, ó el galancete joven, ó yo no sé...

PAU. ¡Jesús!

RAM. El otro discípulo (Señalando primera izquierda.) es otro cómico, y traen este ir y venir y este manejo, porque van á echar una comedia de tu padre...

PAU. ¿De papá? ¿Cuándo?

RAM. Esta noche.

PAU. ¡Yo quiero ir! ¡Dile que suba!

RAM. (Admirada.) ¡Pues hemos adelantado bastante!

PAU. Si es para insultarle por haberme engañado. (Transición.) Y para ver á un cómico de cerca... porque, aunque sea cómico, es guapo.

RAM. ¡Paulina!

PAU. (Corriendo al balcón.) Verás. (Levantando la cortinilla, y después de una pausa.) ¡De frente! ¡Media vuelta á la izquierda! ¡Marchen! (Volviendo junto á Ramona.) Ya sube. Anda á abrir.

RAM. ¡Qué torbellino! (Formalizándose.) Yo no le abro; yo no consiento más...

PAU. (Acercándose con zalameria y acariciándola.) ¡Anda... Ramoncita... abre!

RAM. (Con fingida dureza.) ¡Que no abro!

PAU. (Redoblando las caricias.) Hazlo por tu Paulina... á quien has visto nacer...

RAM. ¿Y qué tiene que ver ahora?...

PAU. Te prometo que esta es la última vez... ¡Anda!

RAM. (Apartándola.) Bueno, voy... déjame.. ¡Al fin ha de ser lo que tú quieras!

PAU. (Muy contenta.) ¡Qué buena eres!

RAM. (Marchándose.) ¡Mucho! (Aparte al salir.) ¿Le parece á usted el mequetrefe? (Vase segunda derecha.)

ESCENA VI

PAULINA. Luego RAMONA y LUIS

PAU. Creí que no le abría... y puede que tuviera razón. ¡Miren el embustero!... Se conoce que es un pillo; pero un pillo muy simpático... no se puede negar... Ya viene. (Entra Ramona por segunda derecha seguida de Luis, que trae algunos papeles debajo del brazo.)

Ramona
Luis
D 2

RAM. (Señalando al gabinete.) Allí tiene usted al señor.

LUIS (Muy fino.) Gracias; no se moleste usted... Conozco la entrada. (Saluda con una inclinación de cabeza á Paulina, que le contesta en igual forma.)

RAM. (Aparte al marcharse.) ¡Ya te enseñarán la salida! (Vase lentamente por derecha, volviendo repetidamente la cabeza, mientras Paulina y Luis permanecen inmóviles.)

PAU. (Al quedarse solos, y después de una breve pausa.) ¿Viene usted á dar la lección cuotidiana?

LUIS Sí, señorita, la cuotidiana... La de todos los días.

PAU. Sí, ya comprendo.

LUIS Sí.

PAU. Quizá sea indiscreta... pero ignoro todavía lo que estudia usted con papá...

LUIS Historia; lo único que sabe, digo, lo único que enseña.

PAU. ¿Y en qué se *anda* usted?

LUIS *Me ando* en los Estados Unidos.

PAU. ¡Ah!... Cuántas mentiras debe haber en la Historia, ¿verdad?

LUIS (Con convicción.) Muchas.

PAU. ¡Cuántos personajes pasarán por lo que no fueron!

LUIS ¡Muchísimos!

PAU. Habrá quien figure... como estudiante, siendo cualquier otra cosa... cómico, por ejemplo...

LUIS (Muy sorprendido.) ¿Eh?

PAU. (Con sarcasmo.) Le felicito á usted por lo bien que hace papeles... fuera de la escena.

LUIS (Suplicante.) ¡Puesto que ya no es un misterio

para usted, la ruego que me oiga propicia! (Con calor.) ¿Sabe usted por qué he mentido? ¿Sabe usted por qué me finjo estudiante? (Acercándose con pasión.) ¿Sabe usted á qué vengo todos los días?

PAU. (Sonriendo burlonamente, dando un paso atrás y señalando á primera izquierda.) A dar la lección de Historia con papá.

LUIS (Acentuando más su actitud, abriendo maquinalmente los brazos y dejando caer los papeles.) ¡No! ¡A tener la dicha de...

PAU. (Interrumpiendo con la misma sonrisa.) ¡Que pierde usted los papeles!

LUIS ¡Paulina, la juro á usted!...

PAU (Interrumpiendo nuevamente con una carcajada.) ¡Já, já!... ¡A las mil maravillas!... Si representa usted así la obra de mi padre, éxito seguro... (Luis coge los papeles.)

LUIS ¿Se está usted burlando?

PAU. ¡Dios me libre! (Transición.) ¿Y qué hace usted en esa obra... si no es un secreto?

LUIS (Con disgusto.) No, señora... un embolado.

PAU. (Con malicia.) ¿Salen novillos?

LUIS ¡No me toree usted más, por favor!... En la jerga teatral llamamos embolados á los papeles que no tienen punta.

PAU. ¡Ya!

LUIS Pero dejemos esto, si á usted la parece, y permítame que al fin explique...

PAU. ¡Qué manía de explicaciones!... En fin, si tiene usted tanto empeño...

LUIS (Entusiasmado, volviendo á acercarse.) ¡Pues bien, Paulina: desde Vitoria, desde la primera vez que... (Interrumpe la entrada de Jorge) (1).

ESCENA VII

DICHOS y JORGE

Jorge D 2

JORGE (Entrando por segunda derecha, da un paso en la escena y se detiene de pronto al notar la actitud de los dos personajes. Paulina, que le ve la primera, retrocede

(1) Jorge, Luis y Paulina.

instintivamente y cambia de expresión. Luis, al observar el movimiento de Paulina, vuelve la cabeza y ve también á Jorge.) ¿Estorbo?

PAU. (Turbándose y con sonrisa forzada.) ¿Tú? ¿Por qué? Pasa.

LUIS (Cortado también.) Jorge...

JORGE ¡Hola, perillán! (Entra.)

PAU. (Sorprendida.) ¡Ah! pero ¿se conocían ustedes?

LUIS Ya lo creo.

JORGE Fuimos condiscípulos y compañeros de casa en Madrid. ¿No te lo había dicho?

PAU. (Afectando indiferencia.) No.

LUIS Acababa de llegar...

PAU. Sí, acababa...

LUIS Pero esta señorita es tan amable, que...

PAU. Y este caballero tan fino, que...

JORGE Que... os habéis metido en un atolladero. Una señorita muy amable... un caballero muy fino.. (Pasando al lado de Paulina.) y un cuñado que haga la vista gorda, ¿no es eso?

PAU. Y que sea tonto por añadidura. (A Luis.) Beso á usted la mano. (Se dirige rápidamente á segunda izquierda.)

JORGE (Riendo.) Oye.

PAU. ¡Déjame en paz! (Vase segunda izquierda.)

ESCENA VIII

LUIS y JORGE. Luis se queda extasiado, mirando á la puerta por donde ha desaparecido Paulina

JORGE ¿Conque esas tenemos, buena pieza?

LUIS ¡Me has cogido *in fraganti!*

JORGE Un episodio de la tragedia, que no conocíamos ninguno...

LUIS Sí, chico... La ví en Vitoria, me entusiasmó...

JORGE (Sonriendo.) ¿En Vitoria?

LUIS En Vitoria: la seguí, la miré, me miró, creí leer en sus ojos algo que, sin presunción, me pareció como una promesa...

JORGE ¿Siempre en Vitoria?

LUIS Sí.

JORGE Pues me parece que has cantado muy pronto *victoria*. Sin adularte, eres bastante calavera, medianamente disipador, un tanto falto de juicio... y no digo más por no herir tu modestia ..

LUIS Gracias.

JORGE Ya sabes que nos conocemos. Con esos antecedentes, tienes poquísimas probabilidades de que el padre te admita y muchas de que la mamá te tire por las escaleras abajo.

LUIS Sí, ya sé que, perteneciendo además á una compañía de la legua...

JORGE Dirán que andas en malas compañías... y ese es el punto más negro.

LUIS Pues bien: aunque te rías de lo que voy á decirte, estoy resuelto, por hacerme digno de Paulina, á cambiar de conducta... á corregirme...

JORGE (Riendo.) ¿Tú?

LUIS Y á ser en adelante arreglado, trabajador, económico...

JORGE Juramentos de borracho.

LUIS Pronto tendrás la prueba. (Transición.) Y, á propósito de economías, dispénsame que no te haya devuelto aún las cien pesetas que te pedí la otra tarde en el ensayo.

JORGE No te ocupes de eso.

LUIS Hoy sin falta te las daré, porque ya le he prevenido á mi director que no quiero más cuentas atrasadas ni más... (Interrumpiéndose al sentir á don Frutos.) ¡El padre!

ESCENA IX

DICHOS, DON FRUTOS y CÉSAR

FRUT. (Desde dentro, al abrir la puerta primera izquierda.) ¡Qué atrocidad! (Sale seguido de César, llevándose las manos á la cabeza.) ¡Cómo tengo la cabeza! (A Jorge y Luis.) ¡Calla! ¿Por qué no han entrado ustedes?

JORGE Nos hemos entretenido charlando...

FRUT. ¡Estoy loco!

CÉSAR — La falta de costumbre. (Luis y Jorge se acercan á ellos.) (1)

FRUT. — (Volviéndose á César.) ¡La falta de cien mil cosas! ¡Yo no sé qué va á suceder esta noche! ¡Y lo que usted quiere es imposible!

CÉSAR — Los morenos no reparan

FRUT. — (Volviéndose á Luis y Jorge.) ¡Se empeña en ponerse las botas!...

JORGE — Es natural.

FRUT. — (Sorprendido.) ¡Un jefe Galo con botas de charol!

CÉSAR — (A Jorge y Luis.) Adviertan ustedes que son de montar, que salgo á caballo y que las acabo de echar medias suelas; de forma que, como no haya reventadores puestos á propósito... (Jorge hace signos de asentimiento.)

FRUT. — (Con calor.) ¡Usted debe presentarse con sandalias y las piernas al descubierto!

CÉSAR — (Picado.) ¡Y al reuma que le parta un rayo! Además, no tengo calzón entero de carnes... Créame usted, es inútil ocuparse de ese detalle tan nimio, sobre todo, cuando, en general, vamos á salir irreprochablemente vestidos .. Mi señora saca el traje macho...

JORGE — ¿Sale de hombre?

CÉSAR — El traje de luces, el fondo del baul... (Transición.) ¡Ah! se me olvidaba. (Llevándose aparte á don Frutos y hablandole en voz baja.) El piquillo aquel que me ofreció usted anoche... las cien pesetas.

FRUT. — (Cortado.) ¿Los veinte duros? (Saca la cartera y revuelve papeles en ella, guardándola nuevamente sin entregar el billete.)

CÉSAR — Justamente. (Continúa hablando con mucho calor a don Frutos durante el diláogo que sigue.)

JORGE — (A Luis.) ¿Irreprochablemente vestidos? ¿Qué trajes vais á sacar?

LUIS — No sé qué habrán resuelto al fin. Yo, con el que me probó el sastre esta mañana, parezco una sota de bastos. (Siguen hablando Jorge y Luis.)

---

(1) Jorge, Luis, don Frutos y César.

FRUT. (A César.) Entretenga usted un momento al joven.

CÉSAR En seguida. ¡Luis!

LUIS (Volviéndose.) ¿Qué hay? (César le llama con la mano.—Luis va al lado de Cesar, cruzándose con don Frutos, que viene junto á Jorge.) (1)

CÉSAR Una palabra. (Hablan César y Luis.)

FRUT. (A Jorge, en voz baja.) ¿Tienes ahí cien pesetas?

JORGE Sí, señor. (Saca la cartera y de ella un billete que entrega á don Frutos, invirtiendo en ello el tiempo que dura el siguiente diálogo.)

CÉSAR (A Luis.) ¿Y la cuestión de los comparsas?

LUIS Su señora de usted se ha arreglado con el jefe de los bomberos...

CÉSAR (Satisfecho.) Hombre, me alegro mucho.

LUIS Así es que hemos ajustado doce para romanos y otros doce, en elástica y sin cascos, para Galos.

CESAR ¡Qué peso se me quita de encima! (Siguen hablando.)

FRUT. (Mirando á hurtadillas el billete que le entrega Jorge, y muy sorprendido.) ¡Le han pintado bigote á Jovellanos!

JORGE Algún chusco; (Mirándole.) pero no importa, es bueno. (Don Frutos le dobia y le conserva en la mano, cerrándola. Acto seguido se va hacia César, pasando por delante de Luis, y diciendo á éste:)

FRUT. Con permiso... (Luis se aparta discretamente, yendo hacia Jorge (2). (A César, dándole disimuladamente el billete.) Ahí tiene usted.

CESAR (Cogiéndole con precipitación.) ¡Un millón!...

FRUT. (Interrumpiendo.) No, las cien pesetas.

CESAR Ya... Digo un millón de gracias. (Llama á Luis, que va á su lado, pasando por detrás de don Frutos.) (3) ¡Ah! Otra cosa. Luis, ¿se ha quedado al fin en quiénes hacen los gansos?

LUIS Sí, los maquinistas.

FRUT. (Acercándose también.) ¿Graznarán á tiempo?

CESAR Descuide usted. (Rapidísimo, dando el billete á Luis.) Ahí va eso.

---

(1) Jorge, don Frutos, Luis y César.

(2) Jorge, Luis, Don Frutos y César.

(3) Jorge, Don Frutos, Luis y César.

LUIS (Idem, cogiéndole y mirándole disimuladamente.) Está bien.

JORGE Es la situación culminante de la obra.

FRUT. Como que si no avisan, se meten los enemigos en el Capitolio.

CESAR Ya los detendría el traspunte. (A don Frutos.) Y creo que no queda más por discutir. (Don Frutos se queda recapacitando y César observándole durante el diálogo que sigue.)

LUIS (Pasando por detrás de don Frutos y dando el billete á Jorge.) (1) En paz.

JORGE (Cogiendo el billete.) No corría prisa.

FRUT. Me parece que no queda nada. (A César y Luis.) Ahora, en sus manos de ustedes encomiendo mi espíritu. (Ambos hacen ademán de tranquilizarle.)

JORGE (Aparte, mirando el billete.) ¡Otro Jovellanos con bigote!

CESAR (A don Frutos.) Descanse usted en nosotros.

JORGE (Aparte, guardándose el billete.) ¿Será una nueva emisión?

CESAR (A don Frutos.) ¿Se queda usted con las fotografías?

FRUT. (Llevándose la mano al bolsillo del pecho.) Es verdad; tenga usted.

JORGE (Acercándose.) A ver, á ver, ¿qué es eso?

CESAR Los trajes con que hicimos el *Edipo* en Cuenca. Son los que hemos elegido para la obra. (Entregando un retrato á Jorge.) Vea usted qué Yocasta. (Barajando maquinalmente las fotografías, mientras Jorge examina la que le ha dado, deteniéndose en una y dirigiéndose á don Frutos.) Y volviendo á lo de las botas... Ahí me tiene usted con ellas. (Don Frutos coge la fotografía y la examina.)

LUIS (Que se ha aproximado, cogiendo otra fotografía de manos de César.) ¿Qué habrá sido de esta chica? ¡Qué bien formada era!

CESAR (A don Frutos.) Vamos, ¿qué tiene usted que decir ahora?

FRUT. Que si levantase la cabeza Edipo...

---

(1) Jorge, Luis, Don Frutos y César.

JORGE Está muy parecida. (Volviendo el retrato y leyendo.) Tulla, tulla, O.

CESAR ¡Oh! ¡Cómo estuvo aquella noche!

JORGE (Aparte.) ¡Oh, qué ortografía!

ESCENA X

DICHOS y DOÑA MANUELA, por la primera derecha

MAN. (Dentro, con voz alta é irritada, apareciendo inmediatamente después en el mismo traje de calle.) ¡Y que no tenga que volver á mandarlo!

FRUT. (Asustado.) ¡Mi mujer!... (Los cuatro se guardan simultánea y rapidamente las fotografías en los bolsillos, y se vuelven hacia doña Manuela.)

MAN. (Haciendo ademán de retroceder.) ¡Ah! no sabía.

CÉSAR Nosotros nos retiramos ya.

MAN. Por mí no...

LUIS Nos estabamos despidiendo.

CÉSAR (En voz baja á don Frutos, dándole la mano.) A las nueve en el escenario.

FRUT. (Idem.) Sí.

LUIS (Idem á Jorge.) Sube á mi cuarto tú.

JORGE (Idem.) Bueno.

LUIS (Luis saluda con una inclinación de cabeza á don Frutos y en la misma forma César á Jorge y ambos se retiran, saludando también á doña Manuela al cruzar por delante de ella.)

CÉSAR / LUIS } A los piés de usted.

MAN. Beso á ustedes la mano.

FRUT. (Con afectación cuando ya van á salir.) Y á trabajar mucho y bien, ¿eh?

CÉSAR (Volviéndose desde la puerta.) Así se hará, querido maestro. (Vanse segunda derecha.)

ESCENA XI

DOÑA MANUELA, JORGE, DON FRUTOS

MAN. (Con desprecio, mirando á César cuando sale.) ¡Lástima que no se aplique el parvulito! (A don Frutos muy displicente.) ¿Van á volver? ¡Porque ya no les falta sino domir en casa!

FRUT. Hoy ha sido por mi culpa... Se trataba de una lección embrolladísima, teníamos muchos cabos que atar...

MAN. Bien. (A Jorge.) Esta noche cenais aquí Nieves y tú. (Movimiento de ambos.)

JORGE ¿Aquí?

MAN. En eso hemos quedado.

FRUT. Pero, ¿á qué obedece?...

MAN. ¿A qué ha de obedecer? ¿Necesito, por ventura, un motivo para invitar á mi hija? A que á ella le agrada y á mí también que pasemos la noche en familia. (A Jorge.) Conque ya lo sabes; á las nueve en punto. Hasta luego. (Don Frutos y Jorge se quedan anonadados, sin atreverse á replicar, mientras doña Manuela se va gravemente por segunda izquierda.)

ESCENA XII

JORGE, DON FRUTOS

JORGE (Volviéndose á don Frutos.) ¡Vaya una ocurrencia feliz!

FRUT Como todas las suyas.

JORGE ¿Habrá sabido ó sospechado algo?

FRUT. No... si es que, en tratándose de fastidiarme, parece que se lo dicen al oído. (Breve pausa.) ¿Y qué hacemos?

JORGE ¿Qué se yo?... Como no fingiera que estaba de parto...

FRUT. (Estupefacto.) ¿Tú?

JORGE con alguna de mis clientes... ó convenciera á Nieves con cualquier otro pretexto...

FRUT. ¡Sí, es lo mejor!... anda á escape...

JORGE (Marchandose.) Voy.

FRUT. Te espero de todos modos.

JORGE Sí, hasta ahora. (Vase segunda derecha.)

ESCENA XIII

DON FRUTOS, luego PAULINA

FRUT. (Desalentado, se sienta de frente al público junto á la mesa cuadrada, apoyando el codo en ella y la frente en la mano.) ¡Nada... no voy á poder asistir! ¡Qué suerte la mía! ¡Si me hiciera sombrerero, nacían los chicos sin cabeza! (Se vuelve á quedar pensativo. Paulina sale por segunda izquierda, le ve, corre á él de puntillas y le tapa los ojos con ambas manos.)

Paulina

12 PAU. ¡Cú, cú!

FRUT. (Tratando de apartar las manos.) ¡Quita!

PAU. (Fingiendo la voz.) ¿Quién es?

FRUT. (Acabando de separar las manos de Paulina, y volviéndose.) ¿Quién ha de ser? El diablillo de la casa. (Se pone de pie.)

PAU. Sí, un diablillo que está muy enfadado con su papá.

FRUT. ¿Tú también? ¿Por qué?

PAU. Porque escribes comedias, (Movimiento de don Frutos.) las das á representar, recibes actores, que pasan por estudiantes...

FRUT. (Interrumpiendo.) ¡Chiquilla!

PAU. Y todo se lo ocultas á tu niña mimada.

FRUT. ¿Quién te ha dicho?...

PAU. Eso no te importa: lo sé, y basta. (Alzando la voz.) Y vengo á decirte que yo voy esta noche al teatro.

FRUT. ¡Chits! ¡Calla! ¿Estás en tu juicio?

PAU. ¡Pues se lo digo á mamá, y no vamos ninguno!

FRUT. (Incomodándose.) ¿Cómo se entiende? ¿Amenazas á mí?

PAU. (Cambiando de expresión.) No te enfades... Me llevarás, ¿verdad?

FRUT. Pero, ¿cómo he de llevarte, si yo mismo no iré, regularmente? ¿No sabes que Nieves y Jorge cenan con nosotros?

PAU. Sí.

FRUT. Pues esta combinación de tu madre ha dado al traste con todas las mías.

PAU. ¡Qué casualidad!

FRUT. Tan extraña, que hasta dudo si habrá sospechado algo. ¿Tú no la has oído ni has visto nada así... que te llame la atención?

PAU. (Reflexionando.) Espera... sí... algo he notado... Al volver de la calle traía un humor malísimo... y está como preocupada...

FRUT. (Consternado.) ¡Pues no digas más! ¡Después de tantos esfuerzos para ocultárselo y—Dios me lo perdone—de tantas mentiras...

PAU. (Sonriendo.) Como la famosa carta.

FRUT. ¡Calla, calla ¡No quiero ni pensarlo!

PAU. Quizá nos equivoquemos.

FRUT. Es preciso averiguarlo. (Dirigiéndose hacia segunda izquierda.) Voy á ver si puedo, aunque se encierre en sus monosílabos...

PAU. (Interrumpiendo.) Oye, me contarás luego...

FRUT. (Volviendo la cabeza.) Sí, todo lo que quieras. (Vase segunda izquierda.)

ESCENA XIV

PAULINA. Luego LUIS

PAU. Si lo ha descubierto mamá, tiene razón; no vamos ninguno. (Dando con el pie en el suelo.) ¡Qué rabia! ¡Voy á quedarme sin verle representar! ¿Cómo saldrá vestido? Con aquello del *embolado* no llegó á decirme qué papel hacía... ni tampoco me acabó de decir lo otro... que era más interesante... ¿Me querrá de veras? (Breve pausa.) El oráculo ya me ha dicho dos veces que sí... (Con decisión.) Como me lo diga tres, lo creo. (Saca del bolsillo de la falda un abanico pequeño, con oraculo, se acerca á la mesa de despacho, por el lado del sillón, extiende el abanico á la luz de la lámpara, junto al tintero, y empieza la consulta.) Veamos. (Marcado.) «¿Debo tener fe en su amor?» (Aparta la vista del abanico, describe varios círculos con la mano y fija el índice en un número, que se apresura á mirar.) El

catorce. (Mirando á las respuestas y marcando.) «Con barba, y muy rico» (Declamado.) ¡Vaya una simpleza! Pues me he quedado en ayunas. (Repite el juego y, antes de marcar número entra precipitadamente Luis, que se detiene al verla. Paulina se incorpora vivamente.)

Luis D 2

LUIS (Sorprendido y con alegría.) Señorita.

PAU. (Sorprendida también.) ¿Quién? ¡Ah! ¿Es usted?

LUIS Sí, soy yo. Vengo sobre la obra...

PAU. ¿Qué ocurre?

LUIS Un tropiezo. (Transición y avanzando hasta ponerse al otro lado de la mesa, en frente de Paulina.) ¡Pero todo lo olvido al encontrarme en presencia de usted .. al contemplar...

PAU. ¿Volvemos á las andadas?

LUIS ¡Y volveré cien veces si es preciso! ¡Volveré hasta saber, hasta adivinar, por lo menos...

PAU. (Interrumpiendo.) ¿Adivinar? Espere usted; nada más fácil.

LUIS ¿Fácil?

PAU. (Señalando el abanico.) Se lo podemos preguntar á mi abanico.

LUIS (Fijándose.) ¡Calla! ¡Un oráculo!

PAU. Sí. Haga usted la pregunta.

LUIS (Con desconfianza.) ¿Lo dice usted de veras?

PAU. ¡Vaya!

LUIS Corriente. (Vacilando al observar la sonrisa burlona de Paulina.) La haré de cierto modo.

PAU. Como usted quiera. (Al ir á empezar Luis.) Sin trampa, ¿eh? No vale mirar.

LUIS No miro.

PAU. Pues ande usted.

LUIS (Marcado.) ¿Cómo será mi porvenir? (Vuelve exageradamente la cabeza, describe los círculos con la mano y mete el índice en el tintero, sacándole vivamente al sentir la humedad.)

PAU. (Riendo.) ¡Muy negro!

LUIS (Limpiándose el dedo.) Tiene usted razón.

PAU. (Sonriendo.) Vamos, límpiese usted, y le permito hacer otra pregunta.

LUIS ¿Sí? Pues ahora, clarito y sin andarme con rodeos. (Mirando fijamente á Paulina.) ¿Me corresponde la mujer á quien amo?

PAU. Eso ya es más grave. Pregunte usted. (Luis

vuelve la cabeza y repite el juego, colocando esta vez el dedo en el abanico. Paulina, que sigue atentamente el movimiento, exclama antes de que mire Luis.) ¡El 8! (Con la misma rapidez, y también antes de que Luis pueda leer la contestación, la ve ella, y dice:) ¡Uy, que atrocidad! (Coge precipitadamente el abanico y le cierra, conservándole en la mano izquierda.)

LUIS ¿Qué ha contestado el 8?

PAU. ¡Nada!

LUIS ¡Déjeme usted verlo!

PAU. ¡No quiero!

LUIS ¿Por qué?

PAU. (Con coquetería.) Porque... pudiera ser verdad.

LUIS (Muy animado.) ¡Que lo quiero ver! (Luis trata de rodear la mesa por su derecha para arrebatar el abanico á Paulina. Esta huye en sentido opuesto. Retrocede Luis por su izquierda, esquivándole Paulina en igual forma; sostienen este balanceo brevísimos instantes, hasta que Paulina, acabando de rodear la mesa por el lado del público, corre hacia la lateral derecha. Luis la rodea por el lado del foro, alcanza á Paulina cerca de la mesa cuadrada y la quita el abanico.)

PAU. (Enfadada.) ¡Démele usted! (En el momento en que intenta recuperar el abanico, aparece don Frutos por segunda izquierda. Ambos cambian instantáneamente de expresión y, mientras Luis procura rehacerse, Paulina finje que está el gato debajo de la mesa cuadrada y que trata de espantarle.) ¡Zape! ¡Zape!

Frutos I 2

ESCENA XV

DICHOS y DON FRUTOS

FRUT. ¿Qué es eso?

PAU. El gato que estaba arañando las sillas.

FRUT. (Sorprendido al ver á Luis.) ¿Usted por aquí?

LUIS Vengo á...

FRUT. (Alarmado.) ¿Se ha suspendido la función? (1)

LUIS Nada de eso. Es que el embajador de Cami-

(1) Paulina, Luis y Don Frutos.

lo se descuelga ahora conque no se atreve a salir.

FRUT. ¿Cómo?

LUIS Dice que sus amigos le han prometido una ovación... y como es un comparsa... (Aparte girando un poco el cuerpo, acercándose á la luz de la lámpara, entreabriendo el abanico y mirando de reojo.) ¿Qué dirá el 8? (Paulina le hace señas de que no mire, repitiendo este juego y empleando ambos actores las actitudes adecuadas á la situación, durante el resto del diálogo.)

FRUT. ¿Y qué dice don César?

LUIS Nada. Su señora es la que ha encontrado una solución.

FRUT. ¿Cuál?

LUIS Que el embajador no se atreva á llegar á la tienda de Breno y le tire el *ultimatum* envuelto en una piedra desde los bastidores.

FRUT. ¡Vaya una embajada!

LUIS Pues usted dirá... A mí me parece bien. (Don Frutos se queda pensativo, mientras Luis, acabando de abrir el abanico y mirando alternativamente á éste y á Paulina, dice aparte.) Veinte... dos... diez y seis...

FRUT. (Levantando la cabeza.) Y usted, por su parte, ¿no encuentra...?

LUIS (Marcando mucho.) No, señor; tampoco encuentro. (Paulina se sonríe.)

FRUT. (Con resignación.) Bien.. Ustedes lo entenderán mejor que yo... Nuestros intereses son unos... (Luis continúa mirando á hurtadillas el abanico y atendiendo á la vez á don Frutos.) ¿Puede querer don César un fracaso para mi obra?... ¿Le puede querer usted mismo?...

LUIS (De pronto, con una exclamación de alegría al encontrar la contestación.) ¡Ah! ¡Con toda mi alma! (Paulina se echa á reir.)

FRUT. (Estupefacto, dando un paso atras.) ¿Eh?

LUIS (Rectificando.) Que con toda mi alma lamentaría ese fracaso.

FRUT. Gracias. Pues nada; diga usted al señor Mediano que, si no hay sustituto, se haga en la forma que propone doña O.

LUIS Perfectamente. (Pasa el abanico por la espalda de

la mano derecha á la izquierda, dando la primera con efusión á don César, al mismo tiempo que mira á Paulina.) Corro á decírselo y á vestirme y repito que deseo el triunfo (Marcado.) ¡con toda mi alma!

FRUT. Lo creo, lo creo.

LUIS (A Paulina.) A los pies de usted. (Dando algunos pasos, volviéndose y haciendo una reverencia.) ¡Con toda mi alma! (Volviéndose, ya en la puerta segunda derecha.) ¡Con toda mi alma! (Vase.)

ESCENA XVI

DON FRUTOS, PAULINA, luego JORGE

FRUT. (Admirado y volviéndose a Paulina, después de seguir con la vista á Luis hasta que desaparece.) ¡Qué vehemente es este chico! ¿Eh?

PAU. Y qué agradable

FRUT. A tí te gusta también, ¿verdad?

PAU. Sí.

FRUT. Es de los que llegan... y llegará

PAU ¿Dónde?

FRUT. Donde se proponga. Tiene madera de actor. Mediano lo dice. (Transición y sacando el reloj.) ¡Y á todo esto, falta poco más de una hora y no sé todavía!...

PAU. ¿Sí vamos ó no? (Con un ademán de impaciencia.) ¡Pues yo tengo cada vez mayor empeño!

FRUT. (Apuradísimo.) ¡No me ahogues, por Dios, más de lo que estoy!

PAU ¿Qué te ha dicho mamá?

FRUT. Sí y no, y qué sé yo, como siempre, y confirmarme lo del convite, con los preparativos que está haciendo. De modo que no hemos adelantado nada.

PAU. ¡Parece mentira que no se te ocurra algo!...

FRUT. (Viendo entrar á Jorge por segunda derecha é interrumpiendo.) ¡Ah! ¡Aquí está Jorge! ¿Qué hay?

JORGE (A media voz señalando á Paulina.) ¿Y esa?

FRUT. (Alto.) Está enterada de todo.

PAU. (Acercándose.) Y voy.

JORGE (Con sorna.) ¿Sí, eh? (Volviéndose á don Frutos.)

Pues hay que he encontrado á Nieves como jamás la había visto conmigo: displicente, nerviosa, y erre que erre en que cenamos aquí.

FRUT. (Furioso.) ¡Pero señor, ni que se tratara del festín de Baltasar! (Se sienta con violencia. Jorge y Paulina se sientan también.)

JORGE Nada, no hay apelación... Cachupín y su familia se quedan hoy en casa.

PAU. ¡No quiero!

FRUT. ¡Es para darse de calabazadas... ¡Porque si las cosas se estrenaran dos veces! (Paulina se queda pensativa.)

JORGE No hay más que resignarse, ¿qué remedio? (Pausa.)

PAU. (De pronto, palmoteando.) ¡Ya le he encontrado! (Se levanta.) Yo voy, yo voy.

FRUT. }
JORGE } ¿Cómo?

PAU. (A don Frutos.) De tí depende.

FRUT. ¿De mí? Explícate.

PAU. Mira... Antes de sentarnos á la mesa, te enfadas conmigo.

FRUT. (Sorprendido.) ¿Por qué?

PAU. Haces que te enfadas, yo te daré pretexto. Me riñes, te contesto mal; me reprendes, te contesto peor...

FRUT. (Alarmado.) ¡Te guardarás muy bien!

PAU. ¡Calla!... Me mandas á acostar, y, en vez de irme á mi cuarto, doy la vuelta por el pasillo y nos marchamos Ramona y yo.

FRUT. Y nos quedamos nosotros... ¡Es un disparate!

JORGE (Que ha seguido con mucha atención las explicaciones de Paulina.) Espere usted... no tan disparate... (Levantándose.) Yo también voy.

FRUT. (Consternado.) ¿También tú?

PAU. (Palmoteando con alegría.) ¡También él! ¡También él!

JORGE Por el mismo procedimiento. (Movimiento de Paulina y don Frutos.) Apenas salga Paulina, armo yo otra cuestión.

FRUT. (Interrumpiendo sorprendido.) ¿Y te mando á acostar?

JORGE No, señor... me voy yo solo.

FRUT. (Con dolor.) ¿Y me dejáis?... (Pausa. Levantándose de pronto y dándose una palmada en la frente.) Pero, ¡calla!... ¿Por qué no he de armar yo otra?

PAU. (Asintiendo.) ¡Eso es!

JORGE ¡Y fuga general!

PAU. (Palmoteando.) ¡Qué gusto! ¡Ya está todo arreglado!

FRUT. Bueno; pero á ver lo que me contestas tú.

PAU. Descuida.

FRUT. (Preocupado.) ¿Y luego la vuelta?

JORGE A la vuelta, ya veremos... Vendrá usted cargado de laureles.

FRUT. ¿Cargado? Si no saben ni han de saber quién es el autor.

PAU ¡Lo diré yo: mi papá!

JORGE No necesitarás decirlo; con los anuncios basta.

FRUT. (Dando un salto.) ¿Han puesto mi nombre?

JORGE Casi, casi.

FRUT. ¿Qué me han puesto?

JORGE Unas banderillas. (Don Frutos hace el movimiento propio del que se ve amenazado de esta suerte, y Jorge, al ver el movimiento, rectifica.) Unos carteles enormes y chillones, de que están inundadas las esquinas, (Don Frutos se lleva las manos á la cabeza.) que dicen:

FRUT. ¡Cielos!

JORGE No, señor. «Compañía Mediano. *Los Gansos del Capitolio*», por uno... por uno... ¿Cómo es?... ¡Ah, sí! por uno de los hijos predilectos de esta capital.

PAU. ¡Muy bien.

JORGE Conque, verde y con asa...

FRUT. (A Jorge.) ¡Podías habérmelo dicho antes!

JORGE Yo creí que era cosa acordada entre Mediano y usted.

FRUT. ¿Por dónde? ¡Una imprudencia suya! ¡Y menos mal que ha empleado una fórmula vaga!

PAU. ¡Qué tonto eres! ¡Debías haber mandado poner tu nombre, tus apellidos y tu categoría!

FRUT. Y la partida de bautismo.

JORGE El resultado es idéntico, porque, además, al salir de casa he visto á los estudiantes amo-

tinados en la puerta de la Universidad, cotizando las localidades á bofetada limpia.

FRUT. (Mirando al cielo y abriendo los brazos.) ¡María Santísima!

JORGE Ya le advertí á usted á lo que se exponía... Aceptado un hecho, hay que aceptar las consecuencias.

FRUT. (A Paulina, muy agitado.) ¡Mi gabán, mi sombrero! (Paulina corre á primera izquierda, y vuelve en el acto con los objetos pedidos.) ¡Ese infame Mediano me ha comprometido!

JORGE Cálmese usted. (Paulina entrega á don Frutos gabán y sombrero de copa: se pone éste muy torcido, y sin aguardar á introducir más que un brazo en el gaban, se dirige apresuradamente á segunda derecha.) ¿Dónde va usted ahora?

FRUT. (Trastornado.) ¡A arrancarme esas banderillas! ¡A decir á voz en grito que no soy yo! (Vase precipitadamente por segunda derecha, pronunciando palabras ininteligibles.)

JORGE ¡Trabajo le mando!... Y yo á una visita, y luego por Nieves. (Vase segunda derecha.)

ESCENA XVII

PAULINA, luego RAMONA

PAU. (Muy contenta, después de quedarse sola.) ¡Se sepa ó no se sepa, el caso es que vamos!... ¡Y le veré representar!

Ramona

DL

RAM. (Entrando por la segunda derecha.) ¿Tienes tú la llave del baúl grande?

PAU. Sí, ¿qué quieres? (Saca una llave del bolsillo.)

RAM. Sacar unas enaguas que vienen á pedir del teatro.

PAU. (Sorprendida.) ¿Para qué?

RAM. Será para vestir á alguno... ¿Tú sabes las cosas que se han llevado ya, y cómo me he visto para que no las echara de menos tu madre? (Coge y arrolla la piel de tigre que hay delante de la mesa.)

PAU. (Dándole la llave.) Toma, toma. ¿Quién ha venido?

RAM. Un comparsa... ¡Y pensar que, después de tantos trabajos, nos quedamos sin verlo!

PAU. Te quedarás tú. (Movimiento de la criada.) Papá, Jorge y yo, vamos.

RAM. ¿Y la cena?

PAU. (Entusiasmada.) ¡No hay cena esta noche!

RAM. ¿No hay cena? ¡Entonces voy yo también!

PAU. (Encogiéndose de hombros.) Vé.

RAM. ¡Y que no me escocía quedarme con el billete!... (Enseñándole.) Me le trajo antes el señorito Luis... ya sabes.

PAU. Sí, sí, anda.

RAM. ¡Cómo me voy á divertir!

PAU. Sobre todo luego, con mamá.

RAM. (Marchándose.) ¡Un día es un día!

PAU. Allá tú.

ESCENA XVIII

DICHAS y DOÑA MANUELA, por la segunda izquierda

Man
D 2

MAN. (Dirigiéndose á Ramona, que está próxima á salir por la segunda derecha.) ¿Ha subido usted más chuletas?

RAM. Sí, señora. (Oculta la piel de tigre á la espalda.)

MAN. No me deje usted solo el fogón.

RAM. No, señora.

MAN. ¿Podremos sentarnos á las nueve en punto?

RAM. ¡Ya lo creo! (Aparte.) ¡Y aguardar sentadas!

MAN. Bueno; que esté todo listo. (Vase Ramona por la segunda derecha.—A Paulina.) ¡Si te llego á esperar para que me ayudases! ..

PAU. ¡Ah! Pero, ¿te he hecho falta?... Me hubieras llamado, mamita... ¿Qué hay que hacer?

MAN. Ya nada.

PAU. Entonces voy á arreglarme.

MAN. (Sorprendida.) ¿Porque vienen tus hermanos? ¡No estás poco cumplida!

PAU. Es para que me vea Nieves la blusa nueva.

MAN. En mi armario está. (Cuando ya va á salir Paulina por la segunda izquierda.) ¿Y tu padre?

PAU. Ha salido; pero dijo que volvía al momento. (Vase.)

ESCENA XIX

DOÑA MANUELA, luego NIEVES

MAN. ¿Qué se le habrá ocurrido ahora á ese?... ¡Otra salidita intempestiva!... ¿si tendrá Nieves razón?

NIEV. (Entra por la segunda derecha desolada y mira en torno.) ¿Estamos solas?

MAN. (Sorprendida.) Sí.

NIEV. (Avanzando y con muestras de gran dolor.) ¡Ay mamá de mi alma!

MAN. (Corriendo á su encuentro.) ¿Qué te sucede?

NIEV. (Abrazándose á doña Manuela.) ¡Que ya no es posible dudar! ¡Jorge me engaña!

MAN. (Apartándola y mirándola con inquietud.) ¿Quién te lo ha dicho?

NIEV. ¡Nadie! ¡Lo he visto yo con mis propios ojos!

MAN. ¡Imposible!

NIEV. ¿Imposible?... Oye y juzgarás... Llegó á casa contrariadísimo, aunque trataba de ocultarlo, con el proyecto de pasar la noche aquí y empezó á ensayar mil medios para impedirlo. Esto reavivó mis sospechas y, con el objeto de confirmarlas, me resistí tenazmente, insistiendo en venir. Se marchó de mal talante á vestirse y, apenas salió á la calle, me dió la tentación—lo que nunca he hecho, Dios lo sabe—de registrar la ropa que se había quitado. (Sacando del bolsillo la fotografía que se guardó antes Jorge.) ¡y mira lo que encontré!) (Da el retrato á doña Manuela.)

MAN. (Mirándola.) ¡Una mujer medio en cueros! ¡Qué desvergüenza!

NIEV. Vuelve la vista.

MAN. ¡Siendo una mujer!...

NIEV. No, si es que mires por el respaldo.

MAN. (Volviéndo la fotografía y leyendo.) «Tulla, tulla, tulla, O.» (Declamado.) Esta será una inicial.

NIEV. ¡Una infamia sin nombre!

MAN. Y sin apellido.

NIEV. ¿Qué dices ahora?

MAN. ¡Qué hombres, Virgen santa, qué hombres! Cada cual por su estilo...

NIEV. (Desesperada.) ¡Pero este es el peor!

MAN. ¿No presumes de quién pueda ser el retrato? (Devuelve el retrato á Nieves.)

NIEV. Ni remotamente; pero ¿qué importa? ¡Lo esencial es que existe la prueba, que existe la falta, evidente, innegable! ¿Me aconsejarás todavía el disimulo? ¿Me aconsejarás todavía la calma?

MAN. (Con mucha firmeza.) ¡Más que nunca! (Movimiento de extrañeza de Nieves.) ¿Crees, si realmente es culpable, que tu dolor le moverá á confesarlo?. . Por sorpresa y únicamente por sorpresa llegaremos á la verdad... Que te vea tranquila...

NIEV. (Llorando.) ¡Me faltan las fuerzas!

MAN. Sonriente, si es preciso...

NIEV. (Interrumpiéndose con sollozos.) ¡Ca... ca... canalla!

MAN. (Con severidad.) ¡Ea! ¡Basta de llanto! A secarse esas lágrimas. (Nieves se limpia los ojos.) Que nadie te conozca que has llorado. (Al ver á Paulina por segunda izquierda.) ¡Tu hermana! Ya hablaremos luego. (Doña Manuela sale al encuentro de Paulina, mientras Nieves se acaba de secar los ojos.)

Paulina I 2

ESCENA XX

DICHOS y PAULINA, por segunda izquierda. Luego JORGE, luego DON FRUTOS

2

MAN. (A Paulina, muy afectuosa.) No has parado hasta estrenar tu blusa.

PAU. A ver qué le parece á Nieves. (Avanza hacia ella.)

NIEV. (Volviéndose y yendo hacia Paulina.) Muy bien... pero, ante todo, dame un beso. (Se abrazan y besan.)

MAN. (A Nieves.) ¿Te gusta?

NIEV. (Apartándose de Paulina y examinando la blusa.) Sí, es elegante (A Paulina.) y te sienta muy bien.

PAU. (Sonriendo.) Y me ha llevado todos mis ahorros.

MAN. (A Nieves.) Pero ¿te vas á estar así toda la noche? (A Paulina.) Quita eso á tu hermana. (Nieves se quita la toquilla y el abrigo, auxiliada por Paulina, mientras doña Manuela se sienta junto á la mesa cuadrada.)

PAU. (A Nieves, quitándola el abrigo.) ¿Hace frío?

NIEV. No mucho... y se ve bastante gente por las calles. (Se sienta Nieves.)

MAN. ¡El dichoso teatro! (Paulina deja el abrigo y la toquilla sobre una silla y se sienta en el sillón y al otro lado de la mesa cuadrada (1). Breve pausa. Las tres guardan silencio.)

PAU. (A Nieves.) ¿Qué hora tienes?

NIEV. (Sacando el reloj.) Las nueve menos cuarto.

MAN. ¡Veréis cómo nos dan un plantón esos caballeros!

Jorge D2

JORGE (Entrando por segunda derecha con gabán y el sombrero en la mano.) Felices.

PAU. Ya tenemos uno.

JORGE (A Nieves, dejando el sombrero sobre una silla.) ¿Por qué no me has esperado?

NIEV. No estaba segura de si quedaste en volver, y me ha acompañado la muchacha

JORGE (Paseándose.) Me parece que te lo dije... He ido á ver á esé pobre don Luis... (Se quita el abrigo y le deja sobre la misma silla en que dejó el sombrero.)

MAN. ¿Qué tal está?

JORGE Bastante mejor.

Frutos D2

FRUT. (Entrando por segunda derecha muy apresurado.) Ustedes dispensen... ya estoy aquí. (Pasa junto á Jorge al dejar el sombrero sobre la mesa.)

JORGE (Aparte á don Frutos.) ¿Ha arrancado usted muchos carteles?

FRUT. (Idem á Jorge.) ¡Calla! (Alto á Nieves.) ¿Qué tal, hija?

NIEV. Bien, papá; ¿y tú?

FRUT. Pasando. (Se quita el gabán y le deja sobre el respaldo del sillón de la mesa de despacho, sentandose; Jorge se sienta tambien en el sillón de la mesa de

(1) Paulina, doña Manuela y Nieves.

despacho (1). Pausa. Se miran unos á otros. Don Frutos y Jorge cogen cada uno un periódico.)

PAU. (Con impertinencia y arrastrando las palabras.) Papá, que debía llegar el primero, llega el último.

MAN. (Sonriendo.) ¿Quieres que le dejemos sin postre? (Don Frutos mira con cierta extrañeza á doña Manuela.)

JORGE (A doña Manuela.) Está usted de buen humor ¿eh?

MAN. (Muy afectuosa.) Es que el encontrarme rodeada de vosotros y el veros á todos contentos y, á Dios gracias, con salud, me hace olvidar (Mirando á don Frutos.) cualquier motivo de disgusto que pudiera tener.

FRUT. (Aparte y poniendo una cara muy particular.) ¡Al revés siempre!

JORGE (En broma y señalando á Paulina.) No le falta á usted sino casar á ésta...

FRUT. (Interrumpiendo con sonrisa afectuosa.) ¿A esta chiquilla?

PAU. (De muy mal modo.) ¡A mí no me llames chiquilla!

FRUT. (Más afectuoso aún.) Es una prueba de cariño, tonta.

PAU. ¡Pues no quiero que me lo llames! (Jorge toca á don Frutos en el brazo con disimulo.)

FRUT. (Recordando su papel.) ¡Ah! Sí. (Cambiando afectadamente de expresión y con voz hueca y campanuda.) ¡Pues se lo llamaré á usted cuando tenga por conveniente! ¡Oiga!

PAU. (Furiosa.) ¡Pues no lo consentiré!

MAN. ¡Paulina!

FRUT. ¡Insolente!

PAU. ¡Te digo que nó y que nó!

MAN. ¡Niña! (Se levantan doña Manuela y Nieves.)

FRUT. (Señalando á segunda izquierda y levantándose.) ¡A la cama ahora mismo!

PAU. (Levantándose con soberbia.) ¡Mejor! (Se dirige segunda izquierda, y doña Manuela intenta seguirla. Jorge se levanta también.)

FRUT. (Deteniendo á doña Manuela con un ademán.) ¡Déjala sola! (A Paulina, dando con el pie en el suelo.)

---

(1) Paulina, doña Manuela, Nieves, don Frutos y Jorge.

¡Pronto! (Volviéndose hacia derecha y dando algunos pasos con agitación.) ¡Yo soy el amo de la casa! (Aparte y cambiando de tono.) No sirvo para esto. (Volviéndose hacia izquierda y demostrando otra vez gran furia.) ¡Pronto, he... (Interrumpiéndose al ver que ya no está Paulina.) ¡Ah! ¿Se ha ido? ¡Bueno!

MAN. Hás estado muy duro con ella.

FRUT. (Mirando á doña Manuela y vacilando un momento.) Te diré... (Enfureciéndose de pronto al notar una seña de Jorge.) Es decir, he estado como me ha dado la gana. (Doña Manuela se queda suspensa. Don Frutos se vuelve otra vez hacia la derecha, dando algunos pasos hasta llegar junto á Jorge.)

JORGE (En voz baja.) ¡Adelante! ¡Va usted muy bien!

FRUT. (Volviéndose otra vez hacia doña Manuela.) ¡Sí, señor!

NIEV. ¡Papá!

JORGE (A Nieves con dureza.) No te mezcles tú.

MAN. (Volviendo de su sorpresa.) ¿Pero qué mosca te ha picado?

FRUT. (Exageradamente.) ¡A mí no me pican moscas! ¡No soy una caballería! ¡Soy el amo de la casa! ¡El amo!

MAN. (Perdiendo la paciencia y avanzando hacia don Frutos.) ¡Ea! ¡Ya me estás cargando con tanto amo!

FRUT. (Retrocediendo y tratando de mantenerse firme.) ¡Porque lo soy!

MAN. ¡Que te aproveche!

FRUT. ¡Cállate!

MAN. (Avanzando un paso, amenazadora.) ¿Yo?

NIEV. (Deteniéndola por un brazo, al mismo tiempo que Jorge hace un pequeño movimiento, como para interponerse.) ¡Mamá!

FRUT. (Retrocediendo asustado y conservando con dificultad su firmeza.) ¡Pues te callarás!

MAN. (Desafiándole con la mirada.) ¿A ver cómo?

FRUT. ¿Cómo? ¿Cómo?... ¡Así! (Coge rápidamente el abrigo y el sombrero, se pone este de golpe y sale precipitado por segunda derecha.)

MAN. (Tras brevísima pausa.) ¿Habéis visto? ¿Qué os parece?

NIEV. No comprendo...

JORGE (Con mal tono á doña Manuela.) ¡Ha estado usted muy dura con él!

MAN. ¿Qué le he dicho en resumen? Si él ha sido el que...

JORGE (Interrumpiendo con dureza.) ¡Ha sido usted!

NIEV. (Enfadada.) ¡No ha sido mamá!

JORGE (A Nieves.) Te he dicho que no te mezcles...

NIEV. (Descompuesta y dando un paso hacia Jorge.) ¡Tengo por qué!

MAN. (Conteniendo á Nieves) No, hija, calla... Calla no armemos otra. (La sienta de golpe en una silla, sentandose ella también.) (1).

NIEV. ¡Pero!... (Sin poderse contener.)

MAN. (Haciendo á Nieves una seña.) Déjale.

JORGE (De pie.) ¡A un jefe... á un cabeza de familia no se le dicen ciertas cosas!

MAN. Sí, sí... tienes razón .. La tenéis los dos.

JORGE ¿Querrá usted sostener?...

MAN. (Interrumpiendo.) No sostengo nada... Nosotras somos las culpables.

JORGE (Aparte.) ¡Demonio! (Alto.) ¡Yo no hubiera consentido semejantes impertinencias!

MAN. (Afectando mucha calma.) Lo creo.

JORGE ¡Semejantes... atrocidades!

NIEV. (Intentando nuevamente intervenir, y conteniéndola doña Manuela.) Pero...

MAN. Atrocidades... Dices bien. (Pausa. Jorge se queda cortado, sin saber qué actitud tomar.)

JORGE (De pronto.) ¿Eh? (Mirándolas con actitud amenazadora y deseo de armar cuestión.)

MAN. Nada. (Pequeña pausa.)

JORGE ¡Vaya... están ustedes insoportables! (Coge el sombrero y el abrigo y vase rápidamente por la segunda derecha.)

---

(1) Jorge, doña Manuela y Nieves.

ESCENA XXI

DOÑA MANUELA y NIEVES. Se quedan mirándose la una á la otra con profunda extrañeza

NIEV. ¿Qué es esto, mamá?

MAN. (Dejando estallar la cólera.) ¡Yo me ahogo... me va á dar algo! ¡Agua!

NIEV. (Corriendo á la puerta segunda derecha y gritando.) ¡Ramona! ¡Ramona! ¡Ramona!

MAN. (Con furia, y dirigiéndose á la segunda izquierda.) ¡Estará por aquí!... (Gritando á la puerta segunda izquierda.) ¡Ramona! ¡Ramona!... (Se calla y escucha.)

NIEV. (A la puerta segunda derecha.) ¡Ramona!

MAN. (A Nieves.) ¿No te contesta?

NIEV. No. ¿Y á tí?

MAN. Tampoco.

NIEV. (Muy asustada.) ¡Ay, qué miedo! (Corriendo hacia la segunda izquierda.) ¡Vamos á llamar á Paulina!...

MAN. (Viniendo á detener á Nieves, de modo que se encuentren próximamente en el centro de la escena.) ¡No!... ¡Que no se entere la pobre de ciertas cosas!

NIEV. (Con profundo dolor.) ¿Estamos solas?

MAN. (Rompiendo á llorar.) ¡Solas, hija mía! ¡Abandonadas!

NIEV. (Arrojándose en los brazos de su madre.) ¡Qué desgraciadas somos!... (Lloran las dos estrechamente abrazadas.) ¡Madre de mi alma!

MAN. ¡Hija de mi corazón!—(Telón rápido.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

La misma decoración del acto segundo. La estufa apagada.

ESCENA PRIMERA

DOÑA MANUELA, NIEVES. Continuación de la última escena del acto segundo. Aparecen cada una en una silla, muy tristes y abatidas, con los pañuelos en la mano. Momento de silencio, interrumpido por fuertes y lejanos golpes que se oyen hacia la derecha. Ambas levantan la cabeza y prestan atención.

NIEV. ¿Oyes?

MAN. Sí.

NIEV. ¿Qué será? Parecen golpes en la puerta.

MAN. Eso parece. (Escuchando.) Sí, eso es. Cualquiera que haya llamado y, como la campanilla suena tan poco...

NIEV. La misma Ramona, quizás.

MAN. Me alegraré, porque nos van á oir los sordos... Anda, anda á ver. (Vase Nieves por segunda derecha. Breve pausa.) O puede que sean ellos... ¡Y habrá que ponerles buen semblante, aunque no sea más que por esta desdichada, que tan pronto empieza á gustar la hiel de los desengaños! (Transición.) Me trastorna el juicio, sobre todo, pensar qué intervención puede tener, qué pito toca en esta intriga mi marido... Aunque, conociendo su carácter, no es difícil acertarlo. . Jorge le habrá hecho su juguete, se habrá valido de él, y seguramente comprometiendo su

Nieves D 2

seriedad, al propio tiempo que la ventura de mi hija. (Entra Nieves por segunda derecha, agitada y con una tarjeta en la mano.) ¿Quién era?

NIEV. (Acercándose á su madre.) Un caballero desconocido que afirma, no obstante, ser muy amigo de papá. No he querido abrirle.

MAN. Bien hecho.

NIEV. Entonces me ha pasado esta tarjeta, asegurando que papá te habrá hablado mucho de él, y que, en cuanto leyeras su nombre, le recibirías. (Dando la tarjeta á doña Manuela.) Y mira qué casualidad.

MAN. (Leyendo.) Camilo Sánchez... No recuerdo.

NIEV (Con animación.) Fíjate.

MAN. Nada, no... Dile que dispense, que estamos solas... y á estas horas...

NIEV. ¡Pero, fíjate! (Muy marcado.) Camilo.

MAN ¡Ay! ¡es verdad! (Levantándose.) Estaría bueno que fuera él...

NIEV. (Interrumpiendo con calor.) ¡Debemos recibirle! Ya ves: muy amigo de papá; es probable que lo sea también de Jorge; desconocido para nosotras; acuérdate (Marcado.) «Si Camilo no se lleva pronto á su hermana...» lo cual parecía indicar que se trataba de un forastero...

MAN. (Interrumpiendo.) Tienes razón.

NIEV. Le recibimos ¿eh?

MAN. Sí.

NIEV. La ocasión no puede ser más favorable.

MAN. Bueno, bueno; anda. (Nieves se dirige hacia la puerta segunda derecha.) Y oye; déjame á mí llevar la voz cantante. (Vase Nieves segunda derecha.) También sería coincidencia... ¿Cuándo y dónde habrá nacido esa amistad, de que yo no tengo noticia?

ESCENA II

DICHAS y SÁNCHEZ

Sanchez D 2

SAN. (En la puerta de la derecha, con el sombrero en la mano, volviéndose á Nieves que le sigue.) Paso, paso delante ya que usted se empeña. (Avan-

zando hacia doña Manuela.) A los pies de usted, señora.

MAN. Beso á usted la mano.

SÁN. Soy Sánchez, como habrá usted visto en la tarjeta; íntimo amigo de su esposo, como habrá usted visto también—no en la tarjeta —por lo que acabo de decir á Paulinita. (Volviéndose hacia Nieves.)

MAN. Nieves.

SÁN. (Dándose una palmada en la frente.) ¡Cataplún! Ya me equivoqué... Es verdad, Nieves... la casada. (A Nieves.) ¿No es eso?

NIEV. (Saludando.) Sí.

SÁN. ¿Y Jorge?

NIEV. Bueno, gracias. (Mirada de Nieves y doña Manuela.)

SÁN. (Volviéndose á doña Manuela.) ¿Y ese bandido de Frutos? (Movimiento de doña Manuela y Nieves.) ¿Dónde se mete á estas horas?

MAN. Un asunto urgente...

SÁN. ¡No se fíe usted! ¡Es un camastrón! ¡Algún lío!

MAN. (Un poco seria.) Caballero...

SÁN. (Dando palmaditas familiarmente en el hombro á doña Manuela, que tuerce el gesto, y soltando una carcajada.) ¡Já, já, já!... No haga usted caso, Manolita... ha sido una broma.

NIEV. (Aparte.) ¡Qué tipo!

SÁN. Pero, con permiso de ustedes, yo me voy á sentar...

MAN. (Invitándole.) Sí, tome usted asiento.

SÁN. (Da rápidamente media vuelta, va á coger la silla bordada, y retrocede.) No; esta es la rota.

MAN. (Picada.) ¡Ya la han compuesto!

NIEV. (Aparte.) ¡Qué enterado!

SÁN. (Cogiendo otra silla.) Por si acaso, no me fío. (Se sientan los tres; Sánchez á la derecha de la mesa de despacho, en la que apoya el brazo izquierdo; á su derecha Nieves; á su izquierda, delante de la mesa, de perfil al público, doña Manuela.) ¡Uf! ¡Vengo hecho polvo! (Volviéndose á Nieves.) ¡Diez horas de ferrocarril, hija! (A doña Manuela.) ¡Apretados como arenques! (A Nieves.) ¡Con la mar de peripecias! (Sigue dirigiéndose alternativamente á la

una y á la otra.) ¡Hemos tomado agua tres veces... hemos sufrido seis cruces... y por fin, en la penúltima parada, el jefe de estación sin enseñarnos el disco, por más que le pitábamos!

MAN. ¡Está fatal el servicio de ferrocarriles!

SÁN. ¡Cuéntemelo usted á mí! Yo estoy decidido á hacerme ciclista y no gastar ya un céntimo en viajes... ¿Ustedes montan?

NIEV. No, señor.

MAN. No.

SÁN. Pues se ha generalizado bastante entre las damas. (A doña Manuela.) Y á usted le convenía.

NIEV. ¿Viaja usted mucho?

SÁN. Sí... Ya le habrá referido á usted su papá los mil negocios que traigo siempre.

NIEV. ¿Mi papá?

MAN. (Haciendo una seña á Nieves.) Muchas veces, sólo que no nos acordamos.

SÁN. Yo me meto en todo...

MAN. (Aparte.) Ya lo veo.

SÁN. Donde hay una peseta que ganar, (Dando en la mesa un puñetazo que hace saltar á las dos.) ¡Cataplún! allí me tiene usted de cabeza. (Con rapidez.) Compras, ventas, préstamos, comisiones, agencias, contratas... ¡demonios coronados! En fin, para no dejarme nada, hasta comercio en antigüedades. (A doña Manuela.) Por eso deseaba tanto conocer á usted.

MAN. (Entre sorprendida y picada.) No comprendo.

SÁN. (Sin hacer caso.) Me consta, por Frutos, que conserva usted algunas alhajas antiguas...

MAN. ¡Ah, sí... algunas conservo!... ¿Y vive usted, naturalmente, con su familia?

SÁN. Con mis hijos. Soy viudo.

NIEV. ¿Sin más parientes ni más...?

SÁN. Ni una mosca. Mis hijos y el ama de llaves... una mujer de confianza que tengo para todo.

MAN. Creía yo haber oído á mi esposo no sé qué de una hermana...

SÁN. ¿Mi hermana?... En efecto; pero esa no vive conmigo. (Doña Manuela y Nieves se miran.)

MAN. (Haciendo que quiere recordar.) Su hermana... Tengo el nombre en la punta de la lengua.

NIEV. Y yo.

SÁN. Es Olvido.

MAN. Sí que se nos ha olvidado.

SÁN. (Marcando.) Olvido.

NIEV. Sí, un olvido involuntario.

SÁN. (Dando un puñetazo en la mesa.) ¡Dale!... ¡Que se llama Olvido!

NIEV. (Comprendiendo.) ¡Ah!... ¡O!... ¡O!... (Aparte.) ¡Es ella.

MAN. (Vivamente interesada.) ¿Olvido?... ¿Que empieza con O?

SÁN. Yo, al menos, nunca pongo h.

MAN. (Aparte.) ¡Ella es! (Alto, con creciente interés.) ¿Soltera?

SÁN. Soltera y...

NIEV. (Interrumpiendo.) ¿Y viaja también?

SÁN. Cuando quiere... Su posición se lo permite, porque advierto á ustedes—y en buena hora lo diga—que ni mi hermana ni yo nos dejamos ahorcar por un milloncejo.

MAN. ¡Hola, hola!

NIEV. (Aparte, despechada.) ¡Es amor puro!

SÁN. Comprenderá usted, pues, que si ha permanecido soltera, no es porque le hayan faltado proporciones... Ha tenido también sus amoríos... se entiende, de buen género.

NIEV. (Aparte.) ¡Muy rico!

SÁN. (Haciendo que se barrena la sién con el índice, y demostrando cierta pena.) ¡Lo peor es que hace tiempo anda medianilla de la cabeza!...

MAN. (Con intención.) Es un achaque de muy malas consecuencias en nuestro sexo. (Transición.) ¿Y tiene el carácter... así, tan franco y tan... comunicativo como el de usted?

SÁN. Le tuvo hasta cumplir los setenta años. (Doña Manuela y Nieves se quedan estupefactas.)

MAN. ¿Setenta? ¡No puede ser!

NIEV. ¡Imposible!

SÁN. ¿Cómo que no? (Contando mentalmente, en tanto que doña Manuela y Nieves se miran como atontadas.) Setenta... cinco meses... y ocho días... hora más ó menos... (Interrumpe la entrada de Paulina.)

Paulina
D 2

ESCENA III

DICHOS y PAULINA, con toquilla y abrigo, y llorando amarga y estrepitosamente

PAU. (Por la segunda derecha.) ¡Ay, ay, ay! (Avanza llorando y llevándose el pañuelo á los ojos, hacia doña Manuela y Nieves, que se levantan precipitadamente y corren á su encuentro. Sánchez se levanta también muy sorprendido.)

MAN. ¿Qué es esto? ¿De dónde vienes así? (Muy sorprendida.) ¿Vienes de la calle?

NIEV. ¿Qué te pasa?

PAU. (Arrojándose en los brazos de doña Manuela.) ¡Ay, mamá! ¡Ay, ay!

NIEV. ¡Paulina!... ¡Dinos, por Dios!...

PAU. (Arrojandose en los brazos de Nieves.) ¡Ay, Nieves! ¡Ay, ay!

SÁN. (Acercándose y con acento conciliador.) Vamos, Paulinita, vamos.

MAN. (Apartándole con aspereza.) ¡Déjela usted!

SÁN (Aparte, retirándose.) Un trueno con el novio.

MAN. ¿Pero quieres explicarnos?...

PAU. (Arrojandose en los brazos de doña Manuela.) ¡Ay, mamá! ¡Ay, ay! (Redoblando los sollozos y más fuerte.) ¡Yo estoy muy mala y muy nerviosa!

NIEV. (Acercándose á cogerla.) Ven á tu cuarto.

MAN. (Cogiéndola de un brazo.) Sí, anda. (Se llevan las dos á Paulina, cuyos sollozos no cesan, hacia segunda izquierda.)

SÁN. (Siguiéndolas.) Me parece lo más oportuno.

MAN. (A Sánchez.) Dispense usted un momento.

SÁN. Por dispensadas.

NIEV. (A Paulina.) ¡No llores así!

SÁN. (Cuando van á desaparecer por segunda izquierda.) Lo primero aflojarla el corsé... y si algo más ocurre, aquí estoy yo.

MAN. (Desapareciendo con Paulina y Nieves.) Gracias.

ESCENA IV

SÁNCHEZ, luego RAMONA

SÁN. (Viniendo hacia el proscenio.) Y todo ello será nada entre dos platos, porque en cojera de perro y en lágrimas de mujer...

RAM. (Por segunda derecha, con mantón y pañuelo á la cabeza, sollozando también estrepitosamente.) ¡Ay, ay, ay!

SÁN. (Volviéndose sorprendido.) ¡Cataplún! ¡Otra!

RAM. (Reprimiéndose de pronto al ver á Sánchez.) ¡Ah! Usted perdone. (Se seca las lágrimas.)

SÁN. ¡Ramoncita! No hay de qué, mujer.

RAM. Usted es el señor...

SÁN. Sánchez.

RAM. Sí... Ese que entra siempre de pronto.

SÁN. El mismo... Pero dime, ¿á qué vienen este llanto y el de tu señorita? ¿Qué hay?

RAM. (Rompiendo á llorar otra vez.) ¡Ay, ay, ay!

SÁN. Eso quiero saber, lo que hay.

RAM. (Vacilando y sin dejar de gimotear.) Yo no sé si... por un lado se lo diría á usted... y por otro...

SÁN. Bueno, pues á ver por qué lado me lo dirías, (Marcando un movimiento.) para colocarme.

RAM. Usted es muy amigo del señor, ¿verdad?

SÁN. Intimo.

RAM. Pues al pobrecito le están pegando...

SÁN. (Interrumpiendo vivamente.) ¿A Frutos?

RAM. una grita horrorosa en el teatro.

SÁN. (Sorprendido.) ¿Por qué?

RAM. Porque dicen que ha hecho un buñuelo. (Llorando con más fuerza.) ¡Se le van á comer!

SÁN. ¿El buñuelo?

RAM. ¡Al señor!... ¡Usted no sabe cómo se han puesto! ¡Le van á matar!

SÁN. (Con resolucion.) ¿Cómo que matar? ¿Dónde está el teatro?

RAM. La segunda bocacalle de la izquierda.

SÁN. (Marchándose por segunda derecha con aire de matón.) ¡Ahora veremos quién es el guapo que tro-

pieza á Frutos estando yo delante! ¡Primero me hacen tajadas!

RAM. (Muy agradecida.) ¡Dios le oiga á usted! (Vase Sánchez por derecha.)

ESCENA V

RAMONA, en seguida JOAQUÍN con hongo y capa, luego NIEVES

RAM. (Mirando en torno.) ¿Dónde se habrán metido? (Fijándose en segunda izquierda.) Más vale no verlas hasta que pase el primer arranque. (Se dirige hacia segunda derecha en el momento en que entra Joaquín muy apresurado.)

JOAQ. ¡Ramona!

RAM. (Parándose sorprendida.) ¡Señor Joaquín! ¿Quién le ha abierto á usted?

JOAQ. Un hombre que salía como un escopetazo. ¿Y la señorita Paulina?

RAM. (Señalando segunda izquierda.) Ahí debe estar.

JOAQ. Pero ¿vino contigo?

RAM. Sí, señor.

JOAQ. (Dando un suspiro muy fuerte.) ¡Vamos! Se queda el señorito Jorge con el alma en un hilo.

RAM. ¿Por qué?

JOAQ. ¡Toma! porque os echó de menos en el palco y, como está aquello que asusta, me mandó á escape á ver y á decirla que se viniera aquí de todos modos.

RAM. (Sorprendida.) ¿Estaba usted también en el teatro?

JOAQ. Entre bastidores. (Con misterio é importancia.) Me habló ayer don Frutos y me dijo que fuera para todo lo que ocurriese... ¡y digo si está ocurriendo!

RAM. (Próxima á llorar otra vez.) ¿No callan?

JOAQ. ¡Cá!... pero ya no gritan.

RAM. Menos mal.

JOAQ. Ahullan. Alguno se va á quedar ronco para ocho días.

RAM. (Consternada cruzando las manos.) ¡Virgen del Carmen!

JOAQ. Si es lo que tienen las masas... en torcién-

dose... Y las masas se han torcido esta noche, y no hay más...

RAM. ¡En qué hora se le ocurrió al señor ..! (Interrumpe la entrada de Nieves.)

NIEV. (Por segunda izquierda, entrando precipitadamente y deteniéndose al ver á Ramona y á Joaquín que se descubre —A Ramona.) Ya ha parecido usted también, ¿eh?

RAM. (Con temor.) Yo, señorita. .

NIEV. (Secamente, cortándole la palabra con un ademán.) ¡Bueno, basta! Después vendrán las explicaciones. Haga usted ahora tila.

RAM. ¿Quién se ha puesto...?

NIEV. Nadie. Mi hermana que está un poco nerviosa. Vaya usted. (Señalando segunda derecha con la mano. Ramona se va muy cabizbaja.)

JOAQ. (A Nieves.) ¿Es de cuidado, señorita?

NIEV. No... los nervios... Y usted ¿qué hace aquí á estas horas?

JOAQ. No lo sé.

NIEV. (Aparte.) Quinto misterio. (Alto.) ¿Que no lo sabe usted?

JOAQ. Quiero decir, que el señor me mandó que viniera y, como no suele decirme lo que me quiere, no sé á lo que vengo y, como no sé á lo que vengo, no sé lo que hago... (Aparte.) ni lo que digo.

NIEV. Entonces, espérele usted. (Marchándose por segunda izquierda.)

JOAQ. Que se alivie la señorita.

NIEV. Muchas gracias. (Vase.)

ESCENA VI

JOAQUIN. Luego RAMONA, JORGE y DON FRUTOS. Ramona sin mantón ni pañuelo á la cabeza.

JOAQ. (Con disgusto.) Y ahora, otra vez allá.... ¡Maldito si tengo gana de volver á oir... y ver... y callar! pero la obligación es lo primero... (Con resolución y dando un paso hacia segunda derecha.) Joaquinito, vamos al teatro. (Se detiene

al ver á Ramona, que aparece por segunda derecha y mira con precaución.)

RAM. (Volviéndose, después de mirar.) No hay nadie.

JOAQ. (Aparte.) Gracias. (Entran por segunda derecha Jorge y don Frutos. El primero, grave, dando el brazo al segundo, que aparece abatidísimo.)

JORGE ¡Ea!, ya estamos en casa. (Ayuda á don Frutos á quitarse el gaban.)

FRUT. (Dejándose caer en el sillón de la mesa de despacho.) ¡No puedo más! (Pausa.) (1)

RAM. (Haciendo pucheros y preparando el delantal para limpiarse las lágrimas) ¡Qué gentes!... ¡Aunque tenga tantas barbaridades como dicen...

FRUT. (Poniéndose de pie con solemnidad y señalando la puerta segunda derecha.) Ramona; no he matado una mosca en mi vida. .; no des lugar á que mate una criada... Vete. (Ramona baja la cabeza y se va, dando un fuerte suspiro.)

JOAQ. (Con cortedad.) Señor; yo quisiera expresar á usía ..

FRUT. (Levantando la vista hacia Joaquín.) ¿Qué?

JOAQ. Todo el sentimiento... pero cuando las masas...

FRUT. (Interrumpiendo.) Joaquín: ¿ha oído usted lo que he dicho á Ramona?

JOAQ. Sí, señor.

FRUT. Pues sustituya usted criada por bedel, (Señalando la puerta segunda derecha.) y vaya usted con Dios. (Joaquín hace una reverencia y vase por segunda derecha.)

ESCENA VII

DON FRUTOS y JORGE. Luego DOÑA MANUELA

JORGE (Mientras don Frutos se pasea con el mismo abatimiento.) ¡Vamos! ¡Sea usted hombre! ¡Qué diablo! No se trata de ninguna desgracia irreparable. (Con energía.) ¡El corcel de raza, cuando cae, vuelve á levantarse con más bríos!

(1) Ramona, Joaquín, Jorge y don Frutos.

FRUT. (Con desaliento.) ¡Es que yo he caído como un miserable rocín de la plaza de toros!

JORGE No exagere usted.. Algunas manifestaciones de desagrado...

FRUT. ¿Algunas? No pretendas atenuar la gravedad del fracaso... Aquello ha sido el acabose.

JORGE Luego, nos falta ver qué parte de responsabilidad le cabe á usted en la derrota...

FRUT. (Reanimándose.) ¡Esa es la cuestión!... Porque, aquí, entre nosotros, no me importa confesarte que la obra no ha desmerecido á mis ojos, (Animándose más.) ¡más aún, que crece y se agiganta y la veo con todo su relieve, como nunca la había visto! (Transición.) El error estuvo en fiarla á esa compañía de bandoleros.

JORGE Es innegable que ha habido deficiencias de bulto.

FRUT. ¡Como templos! ¡Qué declamación! He oído rezar letanías con más claro-oscuro. ¡Qué dirección de escena! ¡Y qué indumentaria! ¡Aquellos romanos, que parecían los bomberos de la villa!

JORGE Como que eran ellos.

FRUT. ¡Así no hay obra posible! (Transición.) Y, no obstante, repararías que, en algunas escenas, el público se callaba...

JORGE Sí, (Aparte.) para tomar alientos.

FRUT. Se conmovía, entraba en las situaciones. (Acortando el paso y reflexionando.) Y ¿quién sabe aún? Has debido dejarme hasta lo último. Aquel final tan nuevo, tan conmovedor, tan inesperado, puede todavía provocar una reacción, que lo salve todo. ¡O triunfar, ó caer envuelto con mis propias ruinas! Eso hubiera querido.

JORGE Pronto se ha de despejar la incógnita.

MAN. (Entrando impetuosamente por segunda izquierda.) ¡Y tan pronto! (Movimiento de Jorge.)

FRUT. (Con desesperación.) ¡Eramos pocos!...

JORGE (Aparte mientras se adelanta doña Manuela.) ¡Las cuarenta!

FRUT. (Que llega en aquel instante junto á Jorge, y le oye.) ¡Y el as!

Man
I2

MAN. (Muy sofocada, yendo y viniendo detrás de don Frutos, que no interrumpe su paseo.) ¡Ya estoy cansada de geroglíficos y este último clama al cielo! ¡Tu hija, la que mandaste á la cama, se ha ido á la calle, y ha vuelto hecha una Magdalena, y no hay quien la haga confesar dónde ni para qué ha salido! (Furiosa deteniendo á don Frutos por un brazo.) ¿Pero me escuchas?

FRUT. (Deteniéndose.) Sí.

MAN. ¿Y qué contestas?

FRUT. Nada...

JORGE (Interviniendo, con acento conciliador.) Mamá...

MAN. (A Jorge.) ¡Vaya usted al cuerno! ¡A mí no me llame usted mamá! (Volviéndose á don Frutos, mientras Jorge se encoge de hombros.) ¡Nada, nada! (Con explosión.) ¡Ha llegado la hora de las explicaciones claras y terminantes! ¡No sufro ni un minuto más—óyelo bien—esta ansiedad en que nos tienes hace cinco días; este tormento, que empezó con la estupidez de las viruelas y va á concluir, (Llevándose las manos á la cabeza.) con un tabardillo!

JORGE (Acudiendo en auxilio de don Frutos.) Entiendo que papá ha explicado satisfactoriamente...

MAN. (Volviéndose hacia Jorge, con sarcasmo.) ¿Lo entiende usted? Se concibe. ¡Pero le advierto á usted también que la comedia va á acabar muy mal!

FRUT. (Aparte.) ¡Eso es lo peor!

MAN. (Volviéndose á don Frutos en el colmo de la furia.) ¿Qué murmuras entre dientes? ¡No me acabes de exaltar! ¡Ea! ¡Ahora mismo vas á decirme... (Interrumpe la entrada á César.)

Cesar
D 2

ESCENA VIII

DICHOS y CÉSAR, que entra apresuradamente por segunda derecha cojeando y con el gabán completamente abrochado. Luego RAMONA.

CÉSAR (Con ademanes descompasados.) ¡Canalla! (Todos se vuelven.) ¡vil canalla! (Deteniéndose y quitándose el sombrero al ver á doña Manuela.) Señora...

MAN. (Aparte) ¡Ay qué plomo! (A don Frutos en voz

Ramon Taza

baja, mientras Jorge se aproxima á César y habla con él.) ¡No quiero dar un cuarto al pregonero! Despide á este hombre, que vuelvo en seguida. (Marchándose hacia segunda izquierda, y alzando la voz conforme se aleja de don Frutos.) ¡Esta noche no nos acostamos sin...

FRUT. (Corriendo á su lado é interrumpiendo.) Bueno, bueno; lo que quieras.

Ramona D 2

RAM. (Entrando por segunda derecha con una taza de tila, que mueve con una cucharilla y dirigiéndose á doña Manuela, que está á punto de desaparecer.) Señora, la tila.

MAN. (Secamente.) ¡Ya no hace falta! (Vase segunda izquierda. DonFrutos se queda un rato escuchando, cierra la puerta y vuelve hacia César cuando se marca.)

CESAR (A Ramona, que se dispone á marcharse con la tila, y cogiendo la taza.) Venga. (Se la bebe de un sorbo y la suelta en el plato.)

RAM (Marchándose por la segunda derecha.) De salud sirva.

FRUT. (Viniendo con ansiedad al encuentro de César.) ¿Qué?

CESAR (Dándole la mano con tristeza.) Acompaño á usted en el sentimiento. (Don Frutos deja caer los brazos con desaliento.)

JORGE (A César.) ¿No ha habido remisión?

CESAR Ninguna... (En tono exageradamente declamatorio.) ¡Como el torrente se precipita de la montaña en el valle, así la tragedia, con vertiginosa caída, se ha hundido para siempre en los abismos del foso!... ¡Todo se ha conjurado en contra nuestra!... Los morenos llevaban muy mal vino; ya lo vieron ustedes... Con nada transigían. Salen las sacerdotisas á encender el fuego sagrado, y encienden otro muy distinto, porque empiezan á echarlas besos y á llamarlas: «¡remononas!»—¡Y cuidado si son feas!...—(Con energía.) ¡Domino con los apóstrofes de la plegaria la actitud de aquellos sátiros! Llega después la embajada; forman las tropas; me coloco, (Uniendo la acción á la palabra.) lleno de majestad, á la puerta de mi tienda para recibir el *ultimatum* de Roma—que, según lo acordado, se me había de arrojar envuelto en una piedra,—y el bestia del

traspunte tiene el acierto de plantármele en el tobillo. ¡Jamás soberano alguno ha recibido un *ultimatum* que más le doliera! Se me escapa una interjección, que no pude reprimir, y, aunque vuelvo inmediatamente al papel, coge el público aquella morcilla involuntaria, y... ¡allí fué Troya!... (Con más energía.) ¡Domino también esta nueva baraunda y llegamos al final!

FRUT. ¡Mi última esperanza!

CESAR ¡Y la mía!... ¡Escalo el muro, rodeado de profunda oscuridad, aunque viendo las estrellas!... (Señalándose el tobillo.) Cornelia—mi señora,—más roja que un pimiento, me aguarda en la cresta del baluarte, y empiezo mí declaración: (Con pasión y melosidad exageradas.)
«¡Dulce patricia de la egregia Roma!
¡Astro de luz, de donde el sol la toma!
¡Portento de belleza!
Con riesgo de romperme la cabeza,
tan solo por hablarte,
he subido á la cima del baluarte.
¡Premia mi atrevimiento!
¡dime, oh Cornelia, con tu suave acento,
con tu voz argentina y celestial,
una frase de amor! Dime...»
(Transición. Gutural y en falsete)
¡Morral!
se oyó de pronto.

JORGE ¡El loro!

CESAR El mismo.

FRUT. (Muy sorprendido.) ¿El loro?

CESAR Sí, señor... Esclavo de la verdad, quise que el primer grito de alarma partiera efectivamente de un ave, y, á falta de otra, pedí á Ramona el loro, ocultándole tras una almena, con orden al guardarropa de que, en el momento crítico, (Marcando la acción.) le urgase con una paja para obligarle á chillar.

FRUT. ¡Qué imprudencia!

JORGE (Con mucha curiosidad.) Pero ¿dónde le urgaba?

CÉSAR (Desesperado.) ¿Qué sé yo? El hecho es que, al oir el fatal sustantivo adjetivado, estalló una carcajada homérica, universal, que hizo

estremecer hasta los cimientos el edificio, con el aditamento de que los maquinistas, siguiendo al loro, según la orden recibida, empezaron á graznar como energúmenos. (Tomando aliento.) ¡Aquello ya no pude dominarlo! Cayó el telón y los espectadores, abandonando sus asientos en espantosos remolinos, invadieron el escenario y los cuartos con infernal algarabía. Di el grito de ¡sálvese quien pueda! agarré á mi señora y, escoltados por una pareja de la Guardia civil, la he dejado en el hotel, corriendo aquí en seguida. (Se limpia el sudor de la frente con ademán trágico.)

FRUT. (A Jorge.) ¿Lo ves? ¿Eran fundados mis presentimientos?

JORGE Pero insisto en lo que antes dije. ¿Es usted el único responsable?

FRUT. De eso no hablemos. El mismo don César, como ves, reconoce...

CÉSAR (Interrumpiendo encolerizado.) ¡Ya tenemos la de siempre! ¿Gusta la obra? ¡Qué talento de autor! ¿No gusta? La han reventado los cómicos.

FRUT. (Amoscado.) ¿Tendrá usted el valor de negar..

CÉSAR (Interrumpiendo con altanería.) ¿Qué?

FRUT. ¿Que ha habido... lunares en la interpretación?

CÉSAR ¡No me toque usted á la interpretación! ¿Se puede pedir más? ¡Yo he estado hecho una fiera, mi señora otra fiera, como fieras todos, hasta el último racionista!

JORGE Una colección de fieras.

CÉSAR (Con sonrisa sarcástica.) ¡La responsabilidad! (Serio.) ¿Qué culpa tenemos nosotros de que usted confiara el éxito á animales?

JORGE (Sonriendo.) No sea usted tan modesto.

CÉSAR (Volviéndose furioso.) Me refiero á los gansos.

FRUT. ¿Y llevé yo acaso el loro? ¿Pinté yo en el estandarte, en lugar del S. P. Q. R. *senatus populusque romanus*, R. I. P. *requiescat in pace?* (César se queda con la boca abierta sin saber que contestar.) Pero ¿qué más? Si ya en la arenga del primer acto se fué usted por los cerros de Ubeda.

Sanchez y Luis

CÉSAR (Frenético.) ¡Por las narices! ¡A ver, dígalo usted mejor! (Poniéndose en situación y declamando con grandes aspavientos, como si arengase á tropas.)

Serenos, alegres,
valientes y asados, digo, osados,
corramos, soldados,
de Rama, digo, de Roma á triunfar.

FRUT. (Interrumpiéndole.) ¿Lo ve usted como se ha equivocado dos veces? (Jorge se ríe.)

CÉSAR ¡Porque todo me estorba! (Se quita con un rápido movimiento el gabán, arrojándole sobre una silla y aparece con traje de jefe galo, todo lo ridículo posible.) Oiga usted. (Recita de nuevo.)

Serenos, alegres,
valientes y osados,
marchemos, soldados,
de triunfo á Romar
¡no! ¡de runfo! ¡de troma! (Dándose puñetazos en la cabeza.) ¡de Satanás! (Corre avergonzado y se arroja con desesperación sobre una silla, de frente á la derecha delante de la mesa cuadrada, en la cual apoya los brazos, dejando caer sobre ellos la cabeza y quedándose inmóvil en aquella posición. Jorge ríe á carcajadas y don Frutos hace ademán de poner al cielo por testigo de lo que está viendo.)

JORGE ¡Já, já, já!

FRUT. (Increpando á César.) ¡Verdugo, verdugo!

ESCENA IX

Sanchez Emilio

DICHOS, SÁNCHEZ y EMILIO

SÁN. (Entra tan impetuosamente como de costumbre, trayendo abrazado á Emilio.) ¡Aquí le tienes, le encontré! (Se interrumpe para abrazar y besar á Emilio.) ¡Hijo mío! (A don Frutos.) ¡Vaya un notición! ¿Lo sabías?

FRUT. (Sorprendido y de mal humor.) ¿El qué?

SÁN. (A Emilio.) ¡Abraza á tu padre! (Emilio va á abrazar á Sánchez, que le da un empujón, echándole sobre don Frutos.) ¡No! ¡Al otro! (Emilio abraza á don Frutos, que se deja abrazar ya completamente mareado. En seguida abraza á Jorge, mientras Sánchez corre

Manuela Nieves Paulina

hacia segunda izquierda, gritando:) ¡Qué sorpresa! (Llamando fuertemente á la puerta de segunda izquierda.) ¡Nieves! Manolita! ¡Paulina! ¡Corred todas, venid al momento! (Corriendo otra vez hacia derecha.) ¡La que se va á armar! (1).

ESCENA X

DICHOS, DOÑA MANUELA, NIEVES y PAULINA, muy asustadas por segunda izquierda

Manuela
I 2 Nieves
Paul

MAN. ¿Qué voces son estas?

NIEV. ¿Qué sucede?

PAU. (Corriendo hacia don Frutos, que sale á su encuentro, y abrazándole.) ¡Papá! (Interrogándole con ansiedad.) ¿Qué? (Don Frutos, abrazando á su vez á Paulina, contesta con un ademán lleno de tristeza.)

SÁN. (Corriendo al encuentro de doña Manuela é intentando abrazarla.) ¡Consuegra!

JORGE (A Emilio, riendo.) Esto va á escape.

MAN. (Rechazando á Sánchez.) ¡Quite usted, hombre!

SÁN. (Dirigiéndose á Nieves, al ser rechazado por doña Manuela.) ¡Nievecitas! (Nieves retrocede.)

JORGE (Dando un paso adelante y riéndose.) ¡Eh, caballero!

SÁN. (Volviéndose vivamente, corriendo á buscar á Emilio, al cual coge de la mano y le trae trompicando hacia izquierda, para presentársele á doña Manuela y á Nieves.) ¡Mi hijo!

EMILIO (Saludando.) Servidor...

SÁN. (Interrumpiéndole.) ¡Este perillán! (Le da palmaditas en la espalda.)

JORGE (Aparte.) ¡Está loco! (Paulina mira con viva ansiedad á Sánchez.) (2).

SÁN. (A Nieves y doña Manuela.) ¡Ya es bueno! ¡Ya me ha ofrecido dejar á esa patulea de Mediano!

---

(1) César, Jorge, Emilio, don Frutos y Sánchez. (Jorge y Emilio cubren la figura de César.)

(2) César, Jorge, Emilio, Sánchez, don Frutos, Paulina, doña Manuela y Nieves.

CÉSAR (Levantándose con ímpetu y dirigiéndose á Sánchez.) ¡Oiga usted!

MAN.
NIEV. } (Retrocediendo asustadas.) ¡Ay!

SÁN. (Volviendo rápidamente hacia César.) ¿Qué bicho es este? (Don Frutos hace un movimiento de desesperación. César retrocede hasta quedar á la derecha de Jorge. Paulina pasa á la izquierda de Nieves.)

JORGE (A Nieves y doña Manuela.) ¡No asustarse!

MAN. (Asombrada.) ¡El discípulo!

EMILIO (A Sanchez.) El primer actor y director...

FRUT. (Idem.) El señor Mediano.

MAN. (Dirigiéndose á don Frutos.) ¿Cómo? ¿El estudiante primer actor? ¿Un cómico? ¿En mi casa?

NIEV. (Cruzando las manos escandalizada.) ¡Jesús!

MAN. ¡Y en paños menores! (Movimiento de protesta de don Frutos.)

CÉSAR (Con dignidad.) De galo, señora.

MAN. ¡De mamarracho! (Movimiento de César.—A don Frutos.) ¿Qué nuevo enredo es este? ¿Qué nueva?...

FRUT. (Interrumpiéndola.) ¡Calla!... ¿A qué más mentiras? Escucha la verdad, y no me condenes sin oirme... He escrito una obra dramática, (Movimiento de doña Manuela, que detiene don Frutos con un ademán.) es decir, la escribí hace mucho tiempo... (César se pone el gabán.)

SÁN. Pido la palabra.

FRUT. (A Sanchez.) Dispénsame (A doña Manuela.) y conforme pudo haberme dado por romperla —¡ojalá lo hubiera hecho!—desvanecido con los elogios del señor... (Señalando á César.)

CÉSAR Nadie es infalible.

SÁN. ¡Nadie!

FRUT. Se la confié; la ha estrenado esta noche su compañía, y en sus manos ha muerto.

CÉSAR (Con arrogancia.) ¡En las del público!

JORGE Entre todos la mataron...

SÁN. Me consta.

MAN. ¿De modo que has tenido la osadía, con tus años... con tu carácter... con tu posición?..

FRUT. (Interrumpiendo.) Con todo eso.

NIEV. (Aparte.) ¡Qué locura!

SÁN. (Tratando de avanzar hacia doña Manuela.) Bien, bien; dejaos de pamplinas.

EMIL. ¡Padre! (Deteniéndole.)

SÁN. (Sin hacerle caso.) A lo que importa. Mi hijo...

FRUT. (Interrumpiendo impaciente.) Vuelvo á suplicarte... (Sánchez retrocede.—A doña Manuela.) Comprenderás ahora el por qué de la malhadada carta, la farsa de los supuestos alumnos...

CÉSAR (Con dignidad) A la cual no debí prestarme.

PAU. Mi escapatoria...

FRUT. Y, en fin, mis apuros y preocupaciones.

MAN. Sí... sí... ¡Qué escándalo!

SÁN. (Volviendo á adelantarse.) Vaya, ¿está explicado todo?

NIEV. (Avanzando hasta llegar junto á Jorge.) Todo no... ¡Ahora nosotros! (1)

JORGE ¿Eh? (Manifiesta viva sorpresa.)

SÁN. (Despechado.) ¡No meto baza!

NIEV. ¿Conque gasta usted querida? (Movimiento de afirmación en doña Manuela, y de extrañeza en los demás.)

JORGE ¡Caracoles! ¿Dónde has leído eso?

NIEV. (Sacando rápidamente el retrato y entregándosele á Jorge.) ¡Aquí! ¡Niégalo!

JORGE (Cogiendo el retrato y con cómica gravedad.) Es verdad. (Entregándosele á César.) Señor Mediano, mi querida.

CÉSAR (Mirando el retrato y dando un salto.) ¡Cuernos! ¡Mi señora! (Movimiento general.)

SÁN. ¡Cataplún!

NIEV. (Asustada.) ¡Ay!

SÁN. (A César.) ¡Que sea enhorabuena!

CÉSAR (Lanzándose hacia Jorge con ademán amenazador.) ¿Quién le ha dado á usted este retrato? (Todos se interponen.—Paulina, doña Manuela y Nieves dan un grito.)

EMIL. ¡Maestro! (Sujeta á César.) (2)

CÉSAR (Furioso.) ¿Quién?

---

(1) César, Jorge, Nieves, Emilio, Sánchez, don Frutos, doña Manuela y Paulina.

(2) César, Emilio, Jorge, Nieves, Sánchez, don Frutos, doña Manuela y Paulina.

JORGE (Con flema.) El Nuncio. (César trata de nuevo de arrojarse sobre Jorge.) Usted mismo, hombre...

FRUT. (A César.) Cuando la discusión de los trajes, interrumpida por...

CÉSAR (Recordando de pronto.) ¡Ah! Sí. (Pasándose la mano por la frente.) ¡Qué impresión!... ¡Ha habido un momento en que me he sentido Bárbaro!

NIEV. ¿Y quién es entonces Camilo?

SÁN. (A Nieves.) Yo.

NIEV. (Con desdén.) ¡Quiá!

SÁN. (Dando media vuelta y encogiéndose de hombros.) Bueno.

MAN. (A Jorge.) ¿Y su hermana?

SÁN. Bien, gracias.

MAN. (A Sanchez.) ¿Quiere usted callarse?

JORGE (Riendo.) ¡Ah! Camilo el dictador y Cornelia su hermana.

CÉSAR Mi señora... Dos personajes de la tragedia.

FRUT. ¡Hágame usted el favor de no volverla á nombrar!

SAN. (Adelantándose, ya nervioso.) ¡Y hagan ustedes el favor de escucharme á mí alguna vez!

MAN. Pero, ¿qué demonios se le ocurre á usted?

SAN. ¿Qué? (Coge rápidamente á Paulina de la mano, llamando á Emilio con un ademán.) Chico, ven. (Los lleva ante don Frutos y doña Manuela.) Que estos se quieren y vamos á casarlos.

MAN. ¡Cataplún! ¡Con un cómico!

PAU. (Vivamente.) Ya no lo es.

EMILIO Ni volveré á serlo.

CÉSAR Y aunque lo fuera... San Ginés lo fué...

FRUT. (Interrumpiendo.) Pero no se equivocaba. (1)

(Interrumpe una espantosa gritería, que se oye por el foro, suponiéndose debajo de los balcones.—Al mismo tiempo aparecen muy asustados por derecha Ramona y Joaquín.—Gran movimiento en todos los personajes.)

---

(1) César, Jorge, Nieves, don Frutos, Sánchez, Paulina, Emilio y doña Manuela.

ESCENA XI

DICHOS, JOAQUÍN y RAMONA, por la segunda derecha.

Ramona
Joaquín
D 2

RAM. ¡Señor! ¡Señora!

JOAQ. ¡Las masas! ¡Los estudiantes! (Jorge Paulina y Emilio se aproxinan la balcón y miran al través de las cortinillas, sin levantar estas.)

FRUT. (A Joaquín muy agitado.) ¡Que no estoy! ¡que me dejen! Ramona, echa el cerrojo. (Ramona se va por segunda derecha.)

MAN. (A Joaquín.) ¿Qué quieren? (Voces fuera mezcladas con silbidos.) (¡Punto!)¡ ¡Punto! ¡Punto!

JORGE (Volviéndose á doña Manuela.) Ya lo oye usted.

SÁN. (Entusiasmado.) ¡Paso á la juventud estudiosa!

MAN. (Agitada.) ¡Que se vayan!

FRUT. (A Joaquín.) Sí; ande usted y dígales que, por mi parte, tienen punto y todo lo que quieran. (Joaquín vase precipitadamente por segunda derecha.)

CÉSAR (Corriendo al balcón.) ¡Dejádmelos á mi! (Trata de quitarse el gabán.)

FRUT. ¿Qué hace ese hombre?

MAN. ¿Dónde va?

CÉSAR (Disponiéndose á abrir el balcón.) ¡A arengarlos!

FRUT. (Corriendo á él.) ¡Nunca! ¡No me ponga usted más en evidencia!

Vivas aplausos

JORGE (Deteniéndo á César.) ¡Quite usted! (Grandes voces, aplausos, y vivas á don Frutos. Entra Ramona por segunda derecha.)

FRUT. (Al oirlo.) ¡Que espantoso ridículo! (Se deja caer anonadado en una silla, todos le rodean.)

NIEV. }
PAU. } ¡Papá!

JORGE ¡Vamos!

EMILIO No haga usted caso.

RAM. Señor...

MAN. (A don Frutos.) ¡Ahí lo tienes! ¡El teatro! ¡Esa escuela de malas costumbres! ¡ese antro de perdición, de abominaciones, de impurezas...

CÉSAR (Interrumpiendo.) Y de gritas.

FRUT. ¡Pediré el traslado! ¡Vámonos de aquí!

SÁN. ¡Todos á Almadén!

CÉSAR (Acercándose á don Frutos.) Diga usted ¿anuncio para mañana la extraordinariamente aplaudida... (Don Frutos se levanta violentamente y agarra la silla en que estaba sentado. Todos le contienen y César retrocede asustado. Exclamaciones diversas.)

FRUT. (Haciendo un esfuerzo para dominarse y soltando la silla.) ¡Pierdo la razón!

MAN. ¡La tienes perdida desde que...

FRUT. Si... no me abrumes... Perdóname. (A César.)
Perdone usted... Perdonadme todos.
Me pesa lo que he hecho,
más reparad que la intención me abona.
Busqué y no pude hallar honra y provecho;
pues me resigno y quedo satisfecho,
(Al público.)
si el público también me lo perdona.

TELON

DISTRIBUCIÓN DE LOS PAPELES

Doña Manuela.—Cincuenta años.—El traje modesto. y decoroso, propio de la posición social que se la supone —*Corresponde á la primera dama de carácter.*

Paulina.—Dieciocho años.—*La dama joven.*

Nieves.—Veinticinco años.—Trajes de tonos oscuros.—*La segunda dama.*

Ramona.—Cuarenta y cinco años.—*La segunda dama de carácter.*

Don Frutos.—Cincuenta y cinco años.—Traje modesto y severo, propio de su categoría, evitando todo lo que pudiera resultar grotesco ó acaricaturado.—*El primer actor, ó en su defecto el característico.*

César.—Cuarenta años.—Marcará el tono enfático y declamatorio, sin llegar á la exageración. En el acto tercero el traje que oculta bajo el gabán se compondrá de túnica corta ceñida á la cintura, dejando los brazos al descubierto; calzón de carnes, bota de montar de charol; en vez del mantolín la piel de tigre que Ramona se lleva, (acto segundo, escena XVIII), pasada por debajo del brazo derecho y cogida con un broche sobre el hombro izquierdo. La cabeza natural, como en los actos anteriores.—*Primer actor cómico.*

Sánchez.—Cuarenta y cinco años.—*Primero ó segundo característico.*

Jorge.—Treinta años.—Traje de americana hasta la escena XII del acto segundo, en la XVI del mismo acto

de levita, cuyo cambio es indispensable para justificar el hallazgo del retrato.—*El segundo galán.*

LUIS.—Veinte años.—*El galán joven.*

JOAQUÍN.—Cincuenta años.—*Indiferente.*

Advertencia importante

Para representar esta obra será necesario obtener previamente permiso de la casa editorial Hijos de E. Hidalgo, calle Mayor, 16, entresuelo derecha.

OBRAS DE LOS MISMOS AUTORES

La partida... serrana (comedia en dos actos), Mario (hijo) y Santoval.

¡Tocino del cielo! (ídem en un acto), Mario (hijo) y Santoval.

Militares y paisanos (ídem en cinco actos), Mario (hijo).

Al mejor cazador... (ídem en dos actos), Mario (hijo).

Creced y multiplicaos (ídem en tres actos), Mario (hijo) y Pina Domínguez.

El crimen de la calle de Leganitos (ídem en tres actos), Mario (hijo) y Pina Domínguez.

La misma en dos actos, ídem, íd.

El obstáculo (ídem en tres actos), Mario (hijo).

El libre cambio (ídem en tres actos), Mario (hijo).

Ciruelas pasas (ídem en dos actos), Santoval.

El pinar de doña Paula (sainete en un acto), Santoval.

El pavo de la boda (zarzuela en un acto), Santoval y Serrano de la Pedrosa, música del maestro Zavala.

3 0112 117484730

PUNTOS DE VENTA

MADRID

Librerías de los *Sres. Hijos de Cuesta*, calle de Carretas, 9; de *D. Fernando Fe*, Carrera de San Jerónimo, 2; de *D. Antonio San Martín*, Puerta del Sol, 6; de *D. M. Murillo* calle de Alcalá, 7; de *D. Manuel Rosado*, calle de Esparteros, 11; de *Gutenberg*, calle del Príncipe, 14; de los *Sres. Simón y C.ª* calle de las Infantas, 13, y del *Sr. Escribano*, plaza del Angel, 2.

PROVINCIAS Y EXTRANJERO

En casa de los corresponsales de esta Administración

También pueden hacerse los pedidos de ejemplares directamente á esta casa editorial acompañando su importe en sellos de franqueo ó letras de fácil cobro, sin cuyo requisito no serán servidos.